

Capricornio

panorama del mundo: "1954, AÑO DE LA PAZ"
por Agustín Ferraris

revista general: "GRAHAM GREENE Y EL
ARZOBISPO DE PARIS".

1954

sumario:

Simone de BEAUVOIR	Imagen de los EE. UU.
Juan J. SEBRELI	E. Martínez Estrada o el "Alma Encadenada"
Claude ROY	La Cuarta Parte de la humanidad
Elena de la SOUCHÈRE	Un clero totalitario
Elvio ROMERO	Las Raíces
Ricardo GÜIRALDES	Carta a Jorge L. Borges
Dardo CUNEO	Carta americana

testimonios: "LA INTERVENCION ARMADA EN
GUATEMALA" - Declaración de la
E.G.U.

bibliografía: H. A. Murena: "EL PECADO ORIGINAL
DE AMERICA", por Fermín Chaves. —
César Fernández Moreno: "VEINTE
AÑOS DESPUES" y Horacio J. Becco:
"CAMPOEMAS", por Luis Soler Cañas

cine: "RASHOMON" y "DE AQUI A LA ETERNIDAD",
por Gregorio Selser.

EDICIONES CAPRICORNIO

EL EXISTENCIALISMO

por HENRI LEFEBVRE

Henri Lefebvre, el conocido estudioso francés, logra dar, en apretada síntesis, una acabada idea de la filosofía existencialista y sus más conspicuos cultores. Es así como expone el pensamiento de Schopenhauer y Nietzsche, de Kierkegaard, Husserl y Heidegger, para referirse luego a los existencialistas modernos: Fondane, Camus y Sartre.

Claro, ameno y nutridamente informado, logra introducir al lector en el mundo de una filosofía, en torno a cuyo valor e interés se ha actualizado la polémica. Valiéndose de un análisis profundo, aventurando agudos juicios personales y con la autoridad que le otorga el haber profesado dicha filosofía, Lefebvre nos brinda un trabajo completo y magistral.

Provechosa lectura será sin duda ésta, para quienes intentan conocer el existencialismo, su contenido y sus derivaciones sociales.

\$ 25.—

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS:

EDITORIAL CADMO, S. R. L.

distribuidora

MAIPU 634 - Of. B T. E. 32-7140 BUENOS AIRES

CAPRICORNIO

Revista de literatura, arte y actualidades. Marca registrada N° 309.191. Registro de la propiedad intelectual N° 426.224. Dirigida por Bernardo Kordon, editada por Cadmo S.R.L., Maipú 634, Of. B. T. E. 32-7140, Buenos Aires, Argentina. Distribuidores: En la Capital Federal: Rafael Plastoja, Av. Del Tejar 4162. Interior y Exterior: Distribuidora TEMCO, Sarmiento 609, 6° Piso.

Año II

Buenos Aires, Noviembre-Diciembre de 1954

N° 8

IMAGEN DE LOS EE. UU.

SIMONE DE BEAUVOIR

En realidad todo es fiesta para mí. Los drug-stores, entre otras cosas, me fascinan; todos los motivos son buenos para detenerme: resumen, en mi concepto, todo el exotismo americano. Los imaginaba erróneamente, despistada por la impresión desagradable de una farmacia —a causa de un letrero soda-fountain— y la evocación de una fuente Wallace encantada, escupiendo oleadas de ice-cream rosa y blanco.

En verdad, éstos son los sucesores de los antiguos bazares de los pueblos coloniales y de los campamentos del Far West, donde los pioneros de siglos pasados encontraban al mismo tiempo, medicinas, alimentos, utensilios y todo lo que era necesario a su vida. Son a la vez primitivos y modernos y es lo que les da esa poesía específicamente americana.

Todos los objetos tienen un aire de familia; el mismo brillo barato, la misma alegría simple, los libros con cubiertas glacé, los tubos de pasta dentífrica y las cajas de caramelos tienen los mismos colores: se tiene la impresión de que la lectura dejará en la boca un regusto azucarado y que los bombones nos contarán historias. Compró jabones, cremas, cepillos para dientes. Aquí las cremas son cremosas, los jabones jabonosos: esta honradez es un lujo olvidado.

Descartando esta norma, la calidad de los productos se torna incierta. Sin duda las tiendas de la 5ª Avenida dejarán satisfechos a los más exigentes; pero sus pieles, sus trajes de elegancia internacional, están reservados a los millonarios de todo el mundo. En cuanto a las tiendas populares, desde luego, maravillan

por la abundancia y cambiante variedad de sus artículos; pero, si las camisas de hombre son lindas, las corbatas son de gusto dudoso, las carteras y zapatos de mujer francamente feos; en esta profusión de vestidos, blusas, polleras y abrigos, una francesa difícilmente podrá elegir algo que no choque a su gusto.

Una se percibe muy pronto, que bajo los papeles multicolores en que los envuelven, todos los chocolates tienen el mismo gusto a maní, todos los *best-sellers* cuentan la misma historia.

¿Para qué preferir un dentífrico a otro? Hay en esta profusión inútil un mal gusto mistificador. He aquí muchas posibilidades abiertas, pero son la misma cosa. Mil posibilidades para elegir, pero todas equivalentes. Así el ciudadano norteamericano podrá consumir su libertad en la intimidad de la vida que le es impuesta, sin darse cuenta que esta vida no es libre.

Fuimos invitados a almorzar por S., el escenógrafo con el cual trabaja I. Hizo reservar una mesa en el *Lucy's*, un restaurante situado entre los tres grandes estudios de la Warner, Paramount y R.K.O. Sin esta precaución habría sido imposible obtener un asiento, porque es el sitio de moda donde se encuentra al hermoso mundo del cine. La concurrencia es de una elegancia llamativa; las mujeres platinadas van vestidas de rosa tenue o celeste pálido y, como en Nueva York, empenachadas de plumas. Se comprende que aquí se sufre de esa plaga aplastante de la América opulenta; la superabundancia. Demasiado ruido, perfumes y calor, mucho falso lujo. Después de los "martinis" (que son a los de París, lo que es el círculo ideal para conocer los cuadros negros del oficio), el almuerzo fué suculento. S. invitó con nosotros a dos *scrip-writers*, un hombre y una mujer que son amigos de I. El trabajo de estos "escritores" no corresponde exactamente al del escenógrafo o dialogista francés; están agregados al estudio donde pasan ocho horas diarias en un escritorio. Ellos tienen que buscar temas cinematográficos, ya sea de su propia imaginación o, preferentemente, en los libros de reciente aparición y de acuerdo a esos temas, bosquejar la construcción del correspondiente escenario. También deben colaborar en la elaboración de los diálogos y el corte de las películas que ya están listas en el taller. Todas estas tareas son ingratas debido a la división múltiple del trabajo, porque no hay nadie capaz de abarcar la apreciación de la obra entera.

Ellos manifiestan que la censura es cada vez más severa en estos últimos años, lo que dificulta mucho la creación de un argumento. Piensan filmar la última obra de Steinbeck, *Wayward bus*, pero en ella figura una joven de buena familia que se acuesta con el chofer por pura sensualidad. Es imposible introducir este episodio en el cine, que, no obstante, es esencial. Habrá que reemplazarlo por una historia sentimental de índole moral y de efectos enternecedores, como es de regla: es decir, desnaturalizar los personajes, retocar la trama, de tal modo que no quedará nada de la novela. Ellos vacilan. Me dicen que esto les ocurre continuamente y que se encuentran trabados en su actividad. Los escenarios se tornan cada vez más estúpidos y monótonos y el público comienza a darse cuenta: a fuerza de servirle su plato favorito todos los días, han acabado por cansarlo. El resultado de este estado de cosas, es el éxito creciente —particularmente en Nueva York—, de las películas inglesas e italianas y aún las francesas que están mal distribuidas y casi siempre mutiladas por gente arbitraria. Hollywood declina. En los estudios hay una cantidad de películas filmadas durante estos últimos años, que no ha sido aún posible vender. Bajo estas circunstancias, se comprende que a los escenógrafos les falte entusiasmo para emprender una obra de importancia. Por ejemplo, S. que antes tenía un gran buen éxito, actualmente está limitado a un trabajo rutinario.

A N., le hice conocer el Bowery, el barrio judío y el chino. Fuimos a un coctel en casa de nuestros amigos L. y después de cenar en un restaurante francés, A. E. no llevé a la calle 52, a escuchar al trompetista Sydney Bechet. Este es uno de los pocos músicos que toca en el puro estilo de Nueva Orleans; fué célebre en Estados Unidos y también actuó en Francia. En París mató a otro músico negro en una riña y estuvo preso un año durante el cual su cabello enblanqueó completamente; hoy es un hombre viejo de cara contraída. Le acompaña un pianista. No es una buena atracción por lo visto: el pequeño *night club* está desierto.

En una mesa vecina sólo hay tres jóvenes que escuchan embobados; posiblemente son de la misma clase que el pequeño italiano de Nueva Orleans; ellos escuchan como otros oran. Pero Bechet no podrá sonar un público más digno de su genio que la mujer de rostro negro y delantal blanco que asoma de rato en rato a una pequeña puerta, detrás del estrado. Es posible que sea la cocinera; es una mujer fuerte, de unos cuarenta años, de rostro fatigado, con

grandes ojos incansables; tiene las manos puestas de plano sobre el vientre y escucha la música con pasión religiosa. Poco a poco su rostro se transfigura, su cuerpo marca el ritmo de una danza, baila inmóvil; la paz y la alegría descienden sobre ella y ha olvidado sus penas, sus preocupaciones y sus enfermedades, como sus hijos y sus miserias, su pasado y su porvenir, está harta: la música la justifica a través de su vida difícil y el mundo se justifica con ella; danza inmóvil con una sonrisa en los ojos, desconocida en los rostros blancos en los que sólo la boca gesticula. Mirándola, se comprende mejor todavía la grandeza del jazz que escuchando al propio Bechet.

Es evidente que los norteamericanos blancos comprende cada vez menos el jazz. No es, como yo lo creía, su alimento cotidiano. Aquí existe una gran institución llamada "Music by Musac" que comercia con la música, a la cual se encargan programas especiales a cualquier hora del día; disponen de variados programas para distintas circunstancias: para funeral home, compromisos y bodas, cocktail partys, para bares y restaurantes. También en las fábricas inundan con raudales de música mientras los obreros trabajan. Todos los lugares públicos tienen su Fuke-box. El norteamericano cuando come, trabaja o reposa y en todo el transcurso de su jornada, aún en el taxi, gracias a la radio, se baña en música, pues no son pocos los que llevan en la mano radios portátiles cuyo precio es irrisorio, pero jamás escuchan el jazz, sino a Sinatra o Bing Crosby, esas sus melodías dulzanas que se llaman sweet-music, tan dulzanas como los sweet-potatoes. Son los sweet-music los que se ejecutan en las boites de moda y también el sweet-jazz, que es una deformación del jazz. El público gusta de las grandes orquestas espectaculares que sólo tocan la música escrita. Lo grave es que aquellos que pretenden amar el verdadero jazz, lo desnaturalizan y como los negros se ganan la vida merced a la clientela blanca, obligadamente se hacen cómplices de esta mixtificación. Cuando se compara a Bechet o las pequeñas orquestas de Nueva Orleans y los antiguos discos de Armstrong y Bessie Smith con la jazz que está en boga actualmente, nos damos cuenta que los norteamericanos han vaciado poco a poco de esta música ardiente, todo su contenido humano y sensible. Duelo, trabajo, alegría, sensualidad, erotismo, tristeza, rebelión, esperanza: siempre la música negra expresa algo y el hot es la forma febricitante y apasionada de esta expresión. La actual es la exaltación de, su rea-

lidad cotidiana, cargada por el peso de un sentimiento, de un conflicto ligado a un pasado o al porvenir. Los norteamericanos tratan de sustraerse despectivamente del pasado. Cómo, ¿se interesa usted todavía por el viejo Faulkner?, me dijo escandalizado un editor. El porvenir colectivo está en las manos de una clase privilegiada, la pullman class, para la cual están reservadas la alegría de emprender y crear en gran escala; las otras clases no pueden forjarse un porvenir particular en el mundo del acero, del cual ellos son las ruedas. No tienen proyectos ni pasión, nostalgia ni esperanza que los empuje más allá del presente; no conocen sino la repetición indefinida del ciclo de las estaciones y de las horas. Sin pasado ni porvenir, el presente no tiene sentido: no es nada, es un ahora vacío. Y porque está vacío no puede afirmarse sino por medios puramente exteriores: tiene que ser "excitante". Lo que les gusta del jazz a los norteamericanos, es que traduce el aturdimiento del instante que pasa; pero como para ellos el momento es abstracto, es por eso que reclaman una expresión también abstracta; quieren ruidos, ritmos y nada más; puede ser que los ruidos y los ritmos estén orquestados con arte, con ciencia, de manera que el presente renazca de su muerte, indefinidamente; pero el sens del antiguo se ha perdido. A. E., me expresa que la forma más reciente del jazz, el be-bop, traduce más claramente esta divergencia. Principalmente se trata de un hot, llevado a sus extremas deformaciones, es un esfuerzo para expresar el quiver: la palpitación de la vida en lo que tiene de más frágil y febricitante. Pero, de este ardor interno los blancos han hecho — y los negros les siguen— una trepidación del todo externa, sólo han conservado los ritmos de una celeridad jadeante, pero que no contiene nada. Este paso hacia lo abstracto no se ha limitado al dominio del jazz. Recorriendo las galerías de pintura, leyendo ciertos libros de jóvenes escritores, me ha llamado la atención la generalización del fenómeno. El cubismo y el surrealismo, también han sido vaciados de su contenido. Sólo han dejado el esquema abstracto. Esas formas que en Europa fueron un lenguaje vivo y que se destruyeron debido a su propio desarrollo vital, se las encuentra aquí, intactas, pero embalsamadas; se las produce y reproduce mecánicamente, sin advertir que ya no dicen nada. En este país vuelto tan apasionadamente hacia las formas concretas de civilización, la palabra abstracto no viene todos los días a los labios. Será necesario que, yo me esfuerce en comprender sus causas, de modo más preciso.

Me parece que es a causa del ambiente abstracto en el cual viven, que el dinero tiene aquí tan desmesurada preponderancia. Estas gentes no son avaras ni mezquinas, son todo lo contrario; están lejos de los defectos que con justicia reprochan a los franceses. No desean el dinero para acumular; siempre están dispuestos a gastarlo, tanto en beneficio de otros, como de sí mismos; el dar es natural en ellos; no son de ninguna manera gozadores, no buscan fortuna para satisfacer apetitos extravagantes. Si el dinero es la única finalidad de muchos, es porque todos los demás valores han sido reducidos a este común denominador, ha llegado a ser la medida de todas las realizaciones humanas; y este no es sino el signo abstracto de la verdadera riqueza. Es por falta de saber constituir y afirmar los valores concretos que los norteamericanos se satisfacen con este símbolo vacío. En realidad no están satisfechos, salvo los potentados de alto vuelo; los demás, cansados de sus dolores como de sus libertades. Supongo que ésta es una de las razones que ha empujado a la mujer norteamericana a crear sus ídolos: el dólar es una divinidad muy triste. El hombre está contento de justificar su trabajo y sus ganancias, dedicándolas a un ser carnal. Pero el culto de la mujer como el del dinero, sólo es sucedáneo. El destino del hombre norteamericano carecerá de sentido si no busca darle un contenido concreto a esta entidad abstracta: su libertad. Existe un círculo vicioso para llenar esta libertad vacía y tendría que cambiar sus condiciones políticas y sociales en las cuales vive y que son precisamente, la causa de su inercia. Con seguridad que miles de norteamericanos viven para romper este círculo. Y también muchos miles a quienes estas reflexiones más no pueden afectarles de ningún modo. Es por esto mismo que una puede permitirse las generalizaciones: la gran mayoría es víctima de esta maquinación; huir del aburrimiento y de la soledad, los encierra en la soledad y el aburrimiento: por haber querido perderse en el mundo, han perdido todo aprecio por él.

Una de las modalidades que más me ha chocado, es la repugnancia que sienten de interrogarse a sí mismo o someter a discusión los problemas que se ventilan en el mundo. Tienen necesidad de creer que el Bien y el Mal están en absoluta oposición; que el Bien es o será realizado con facilidad. Lo noté desde el primer momento de mi estadía. Pero en este último tiempo he obtenido confirmaciones estrepitosas de este hecho. Entre otras cosas, suscitó casi un escándalo entre todos los estudiantes de las universi-

dades de Columbia, Yale y Harward, cuando les hablé del caso de conciencia planteado en el libro de Rousset, "Les jours de notre mort". ¿Con qué criterio podrían elegir, los responsables de hacerlo, para salvar a tres camaradas en un campo de deportes? Me han espondido obstinadamente: "Nadie tiene derecho a disponer de vidas humanas" o "¿Con qué derecho podría elegirse en un caso semejante?" Si se les objeta que de no hacer la elección no podría salvarse nadie y que de todos modos, el hecho de librar dos o tres vidas, es preferible a una abstención mortal, enmudecen; yo creo que en lo que se refiere a ellos, habrían preferido dejar perecer a todos, antes de tomar una iniciativa tan difícil. Tal vez, ni siquiera podían pensar en una situación en la que hubieran estado obligados a hacer "la parte mala". Aquí se rehusa a formar parte del mal, que es la sola manera de luchar contra él. Aun entre los espíritus abiertos se rechaza a plantear con claridad el conflicto actual entre justicia y libertad y la necesidad de aportar un acuerdo entre estas dos ideas; prefieren negar la injusticia y la falta de libertad. No se quiere admitir que la complejidad de los factores actuales, crea problemas que sobrepasan todas las soluciones morales. El mal, juzgan que no es sino un residuo que se tratará de eliminar progresivamente, mediante la acción rigurosa de las buenas instituciones, esto es lo que piensan muchas almas idealistas; si este optimismo parece demasiado fácil, entonces se tomará el partido de crear una especie de absceso de fijación: la U.R.S.S. Este es el mal y no hay otra alternativa que aniquilarlo y entonces retornará el reinado del Bien. Esto explica que esos mismos estudiantes que son tan respetuosos de la persona humana, hablan tranquilamente de atomizar a Rusia. Si al reflexionar en todas estas cosas, me veo impelida a formular nuevas críticas, entonces, ¿por qué, a pesar de todo, me es tan doloroso partir? Sin duda, podrían hacerse críticas de distinta índole, pero igualmente deprimentes contra nuestra civilización europea y, desde luego, la francesa, a cuyo seno voy a retornar. Pero nosotros tenemos otros motivos de ser desgraciados e inauténticos que los norteamericanos, eso es todo; los juicios que he expresado sobre ellos en el curso de este mi viaje, no están animados de ningún sentimiento de superioridad. Veo sus fallas y no olvido las nuestras. A través de lo que admiro y de lo que detesto, hay en este país una cosa fascinante; es la enormidad de sus posibilidades y de los riesgos que corre actualmente, y el mundo con él. Todos los problemas humanos se plantean en escala vertiginosa y de esto depende en gran

parte, la solución que ellos encontrarán, la que les iluminará retrospectivamente de una luz patética o los envolverá en la noche de la indiferencia. Sin duda, esto es lo que me emociona tan fuertemente en el momento de partir: este es uno de los lugares del mundo donde se juega el porvenir del hombre. Querer a Estados Unidos o no quererlo, estas palabras no tienen sentido. Es un campo de batalla en la que no cabe otra cosa que apasionarse por la lucha que él libra consigo mismo, y cuyo alcance excluye toda medida.

Traducción de: MARTA de NERVAL

(CONTINUARA)

NOVEDADES

BANDERAS SOBRE LAS TORRES, por Anton Makarenko	\$ 30.—
GOBERNANTES DEL ROCIO, por J. Roumain ...	18.—
EL NEGRO CIRCULO DE LA CALLE, por David J. Kohon	12.—
SANDINO, GENERAL DE HOMBRES LIBRES, por Gregorio Selser (en prensa).	

Pedidos a: EDITORIAL CADMO S. R. L.

MAIPU 634, Of. B.

BUENOS AIRES

CLAVES PARA CHINA

CLAUDE ROY

LA CUARTA PARTE DE LA HUMANIDAD

- 1) Vista de China; Continente a vuelo de avión. — 2) Del sentimiento oceánico que inspira la humanidad china. — 3) Esbozo de un pequeño Diccionario de las ideas que se tienen acerca de China.

La cometa barulenta que llamamos avión arrastra a cordel su sombra amansada sobre el desierto liso como la mano de Dios. La sombra asusta a un hato de camellos; que se dispersan a grandes zancadas. Luego, nada más que la interminable alusión a un planeta muerto, calcinado de sol: el desierto de Gobi.

Cuando la tierra no puede ya seguir siendo desierto en el noroeste y en el norte, extenuada y sedienta; cuando se cansa de ser el Himalaya, biceps prominente como ninguno de la corteza terrestre; cuando ya está harta en fin de cubrirse de agua y de llamarse mar Amarillo o mar de China, entonces decide transfigurarse en China.

China cuenta con sus dedos cinco puntos cardinales: el norte, el sud, el este, el oeste y el centro. Ella es el centro. Estados Unidos se ha propuesto bloquear a China, y China alza sus hombros: sus montañas. No se puede bloquear a un punto cardinal.

Los geógrafos se enredan en el cálculo de la superficie de China. Nadie da la misma cifra. Hay acuerdo, acerca de los diez millones de kilómetros cuadrados, pero se quiere confusamente dar a entender que son centenares de miles. Aun tratándose de la China propiamente dicha, la de las Dieciocho Provincias, entre tres y cuatro millones de kilómetros cuadrados, las cifras son inciertas. Los vientos son ahora más sagaces. Ellos saben que hay igual tiempo de viaje fatigoso entre Kharbin al norte y Cantón al sud que entre Oslo y Sicilia, y más tiempo aún entre Lhasa y Shangai, que entre París y Moscú.

Cuando, a medio día, 42 millones de franceses dejan su herramienta, su pluma, su "tricot" y la llave bajo la estera para ir a almorzar, son las 7 de la mañana en la China Central, y 42 millones de escolares chinos marchan hacia la escuela primaria;

30 millones de niños más, en 1952, no tienen escuela a donde ir; dentro de 5 años la nueva China habrá formado un millón y medio de nuevos maestros para esta nación de niños sin escuela, el equivalente del pueblo italiano. Habrá pronto, en las aulas de China, una población de menos de doce años igual a las poblaciones de Francia e Italia reunidas.

China es la obra de seis mil años de hombres, los unos después de los otros, y de tres ríos, conjuntamente. Los hombres se originan en la leyenda; los ríos, en las montañas.

Las tres cuartas partes de China están a mil metros sobre el nivel del mar. Fué en el Oeste, entre los 85 y los 105 grados de longitud, hace quinientos mil años, que el gigante Pwan Ku, recogiendo sus mangas, tomó su martillo y su cincel de piedra para romper en pedazos todo aquel caos de rocas que embarzaba la tierra. Todos los desmontes entre las Indias, Rusia Asiática y la llanura de China son obra suya. Mucho hubo de hacer en el techo del mundo. Luego, cansado de tanto trabajar durante dieciocho mil años, Pwan Ku murió. Su cabeza se volvió montaña; su soplo fué viento y su hálito nube; su voz se cambió en trueno; sus venas son ríos; su carne formó los campos; su barba se diluyó en estrellas y sus cabellos son hierbas; sus dientes y sus huesos se transformaron en minerales y rocas y su sudor cae desde entonces en lluvia. Sus despojos, estremecidos, dieron nacimiento a los pueblos.

De esta inmensa fortaleza de la creación tres ríos bajan al galope en procura del mar, y de paso crean a China.

Al norte, el Río Amarillo o Huang-Fo, que extiende tumultuosamente sus 4672 kilómetros a través de un territorio grande como dos veces Francia. Es glotón y voraz, muy embadurnado del cieno amarillo que él come y esparce por todo su cauce, de tal modo que hay que ponerle incesantemente diques para que se quiete. Luego termina por correr a veces cinco metros más arriba del nivel de las llanuras, apretado entre murallas de arcilla y de barro. A fuerza de tanto ver las cosas desde lo alto, le ocurre desbordarse. Deja a su paso un limo espeso. Cincuenta millones de años geológicos han reducido y concentrado en este polvo amarillento toda la fertilidad del mundo. En la más vieja colección de canciones chinas, el *Che King* o Libro de los Versos —atribuido a Confucio—, los campesinos de hace dos mil novecientos años cantan gozosos a la buena tierra del trigo y del mijo, el reino de **Hu Chi**, el Señor Mijo:

Siguen la ruta del agua
el Señor Mijo y su estirpe.
Mataron la hierba mala
y nos dieron tierra firme.

Tupido el mijo se alza;
apunta, horada y explota.
El Buen Mijo hace su casa
en la tierra cenagosa.

El reino del Señor Mijo, el Imperio del Río Amarillo, tiene hermosos inviernos, helados y claros; veranos cálidos, cortados por lluvias inoportunas. Sus otoños y sus veranos son deliciosos. (Cielo muy puro, diáfano —de Pekín en mayo— en que planea una cigüeña frágil, de inteligente volar...).

En el centro está el Yang-tsé, que se abre paso sobre 5530 kilómetros. Ocupa el tercer puesto en el Campeonato Mundial de los ríos profesionales, superado en longitud por el Amazonas y el Congo. Se consuela con ser campeón de Asia en todas las categorías. Aquí comienzan la tierra de arroz, los dominios del algodón, del té, de la seda, del bambú; los inviernos sin nieve, los veranos lluviosos. El Yang-tsé se infla y se desinfla, sube como una sopa de leche y vuelve a bajar, desalentado, luego de haber devastado en tres días el espacio de cinco departamentos franceses. Más de la mitad de China —275 millones de seres— dependen del Yang-tsé. (El canto rítmico de los barqueros, Shanghai arriba: jah... yo! ¡Ahi... yo!, y las velas pardas de los juncos, en las que la luz juega como sobre la envoltura seca de un escarabajo del otro verano...).

Al Sud, el Río del Oeste, o Si Kiang, se abreva en el monzón de estío, de las montañas del Kuang-Si a Cantón. Vive bajo el signo del Trópico de Cáncer. (Mercados de frutas de Cantón... Yo quiero cantar a vuestros azafates: la naranja, sol alegre; el durazno, terciopelo que se solaza en el rosado; el mango, oro sin deslumbres; los racimos de uvas que meditan al son su azúcar transparente: el *li chi*, cuya corteza modesta encierra una carne de ámbar pálido, jugosa, de aromas tenues lentamente prodigados en la boca, como en el espíritu una segunda intención...).

El primo, segundo, etc., de los geógrafos me dejan tan pensativo como la línea ideal de las fronteras. A horcajadas sobre la cima de la garganta de Porte, ¿por qué mi pie izquierdo está en

Suiza y mi pie derecho está en Francia? Chinas recortadas en tajadas como un melón, para ser servidas en la mesa de trabajo del sabio; China del norte, del centro, del sud; China del oeste y Alta Manchuria... Yo os he recorrido sin saber a ciencia cierta dónde comenzaba el sud, dónde terminaba el norte. La cara de los hombres es el más constante de los paisajes.

Los hombres de China... Son muchos, ya se sabe. Se sigue en los libros de historia y en la estadística la marea ascendente de su multitud. Eran una veintena de millones en el umbral de la historia; 50 millones en las puertas de nuestra era; 100 millones en 1500; 150 millones dos siglos más tarde. ¿Los censos son vagos? ¿Son difíciles? Ciertamente. Y sus estimaciones son siempre riesgosas, no por excesivas, sino por demasiado modestas. El más antiguo censo data del año 900 antes de Cristo, y da 22 millones de habitantes para los países al norte del Río Azul, la China de aquel tiempo. El censo de 1902 da una población de 418 millones de habitantes, de los cuales 410 son adjudicados a las Dieciocho Provincias. Pero la cifra de 18 millones para Manchuria, Mongolia, el Turkestan chino y el Tibet resulta muy mezquina. Los censos fiscales y administrativos hechos desde la liberación del conjunto del territorio, incluyendo el Tibet, dan un total de 500 millones de habitantes, de los cuales 450 millones para la China de las Dieciocho Provincias. Cuando el presidente Mao dice: "A partir de ahora, los Chinos, que forman la cuarta parte de la humanidad, están de pie", no se trata de una exageración de orador, sino de un hecho.

Pero el espíritu se impregna de esta evidencia en la vida cotidiana más que en las estadísticas. Los que pasan sienten la existencia de los millones y millones de hombres chinos tan intensamente como el nadador experimenta la realidad del agua salada, de la ola, del océano sin término. Vivir en China es estar sumergido en el más grande de los océanos humanos que haya sobre la tierra. No es el hervidero de las calles estrechas de Nápoles, ni la multitud brutal de las seis en las calles de Nueva York. China es abundancia, no hormigüeo. La muchedumbre es allí profusión, no pululación. A cada paso se tiene el sentimiento físico de los increíbles recursos humanos de este pueblo. Pero son recursos que no aplastan. China no es un amontonamiento de seres, ni una inundación, ni una barahúnda. Con todo su alboroto y sus ruidos, China no ensordece. Esa abundancia que os rodea, expresada en las cantidades de obreros que hacen en todas partes el trabajo de

máquinas todavía casi inexistentes; la que permite que en cada estación haya un millar de coolies empleados en amontonar en una labor de hormigas canastos de carbón que en Europa una sola grúa descargaría; la que hace a tres mil hombres tirar de un cilindro compresor que en otra parte un tractor podría arrancar; esa loca generosidad de la presencia humana; esa multiplicidad que mueve al europeo a creer tontamente que todos los chinos se parecen; tal constante despliegue de fuerzas humanas en la superficie del suelo, no es un fenómeno aplastador. Masas, sí. Mazazos, no. Una inmensa cantidad de chinos no es nunca un rebaño. Nada menos anónimo. Nada menos amorfo. Vivir en China es bañarse en un plasma viviente, en un mar de civilización. La inteligencia se traduce allí en grandes números.

Sonreía yo, entre Antung y Cantón, al recordar las frases de Gide, que tanto dieron que hacer cuando las paseó de Beyrouth a Bruselas, en 1946: "Creo en la virtud de los pueblos pequeños. Creo en la virtud del pequeño número. El mundo será salvado por algunos". ¿Qué quiere decir eso? Nada. No creo que la virtud de los belgas, a quienes amo, sea más evidente que la de los chinos. No estoy seguro de que Costa Rica sea una nación íntima y moralmente más rica que la Unión Soviética. El que los chinos no sean algunos, ni un pequeño número, no impide que cada uno de ellos sea un grano de esa sal de la tierra que se da —no sé por qué— como símbolo de la extrema y parsimoniosa rareza. El más pobre, el más menesteroso de los campesinos chinos— que no sabe leer y que ayer no poseía otra cosa que un sombrero de papel aceitado y de hojas de bambú, un calzón, una camisa de algodón y un par de sandalias de paja,— el más desprovisto de los coolies, no son, bien lo sé, piezas de ganado. El gesto del campesino miserable que ofrece al visitante cuanto ofrecer puede: un vaso de agua hirviente, la canción que cantan los marineros a orillas del Yang-tsé, el juego en que se divierten cuatro niños con el culo al aire entre el barro del sendero, tiene siempre el mismo estilo y el mismo sabor: el estilo de la civilización extremada y el sabor de los individuos. Había en China millones de parias de la posesión; hombres con las manos desnudas. Que tenían sus manos vacías, pero no sus corazones ni sus cabezas. Los franceses se enorgullecen tal vez por algunas razones; pero no estará seguramente entre ellas la que les haga repetir alegremente que son sólo cuarenta millones. Lo importante no es el total que el estadístico obtiene, sino el valor de cada una de las unidades que forman ese total. China es uno

de los países que tienen mayor densidad de habitantes, y uno de los que poseen la más densa calidad humana. El mundo será salvado por los mejores, sobre todo si ellos son millones. Muchos millones. El ser muchos no es pecado original.

La psicología de los pueblos es un embrujo perentorio. Ella procede como los oráculos, por afirmaciones sin claves. Se admite generalmente que el chino es un monigote panzudo, fatalista, insensible a los suplicios y a la muerte; que prolifera, se nutre de arroz, de té y de opio; que odia a los extranjeros y vende sus hijos a vil precio, etc. Los viajeros compulsan gravemente el pequeño *Diccionario de las Ideas recibidas acerca de China*, del que van a extraer toda su ciencia. Reconstituyo sin esfuerzo algunos de sus artículos:

Acupuntura: Suplicio chino y médico; aguja que se introduce en la nariz para cosquillear el bazo.

Eambú: Arbol utilizado por: 1) los pintores; 2) los verdugos; 3) los fabricantes de mamparas.

Bandido: Todos los chinos son bandidos.

Coolies: Todos los chinos son coolies.

Detective: Los chinos que no son ni bandidos, ni coolies, ni mandarines, son detectives. Ejemplo: El misterioso doctor Fu Man Chu.

Amarillo: El peligro amarillo.

Mandarín: Los chinos que no son ni bandidos, ni coolies, ni lavaderos, ni detectives, son mandarines.

Pagoda: Habitación usual de los chinos.

Palanquín: Los chinos se desplazan en palanquín.

Pies: Los chinos tienen pequeños los pies.

Rebeldes: Los chinos que no son ni bandidos, ni coolies, ni cocineros, ni lavaderos, ni detectives, ni mandarines, son rebeldes.

Vida humana: Los chinos son indiferentes a la vida humana.

Es sin duda más sabio formular como definición primera de los Hans una filiación antropométrica tan precisa y seca como sea posible: Rama de la raza mongólica, braquicéfalos, piel amarilla, cabellos negros, barba poco desarrollada, ojos negros que tienden oblicuamente hacia las sienas, nariz ancha, rostro redondo, pequeña estatura, algo mayor en el norte, etc.

(Continuará)

Traducción de: ANGEL MAZZORA

MARTINEZ ESTRADA O EL ALMA ENCADENADA

JUAN JOSE SEBRELI

No proponemos promover una encuesta sobre problemas culturales en el orden nacional: ¿Existe una nueva literatura argentina? ¿Cuáles son sus características? ¿Qué problemas enfrenta?

A modo de presentación, sólo afirmamos que no hay razón confesible para que la literatura argentina signifique equívocos de los problemas que interesan a la comunidad nacional e indiferencia sobre la marcha del mundo.

De CAPRICORNIO N° 1 (Julio de 1953)

Para el Hijo Mayor, el mundo termina al alcance de su mano, y su alma está dentro de esa cárcel, encadenada. Todos sus pensamientos se han petrificado en una idea fija; sus razonamientos dan vuelta sobre sí mismos, como si hubiera muerto y para toda la eternidad no tuviera sino el pensamiento angustioso de que está preso.

Muerte y transfiguración de Martín Fierro, tomo I, pág. 90

Lo sorprendente del estilo de Martínez Estrada, es que sus aseeraciones no se enlazan entre sí, no se apoyan mutuamente para fundamentarse y justificarse una a otra, como ocurre en otros ensayistas. Por el contrario, cada afirmación parece contradecir a la anterior y ser a su vez contradecida por la que viene después. Martínez Estrada ordena de tal forma sus oposiciones, que cada término aniquila sin cesar al otro y es a su vez aniquilado por éste. Cuando creemos que está afirmando una tesis, nos encontramos de pronto, que está afirmando lo contrario. Gramaticalmente, lógicamente, si es todo lo contrario de no, pero en las aporías de Martínez Estrada basta decir sí para que el sí se trastoque y nos demos cuenta que lo que se quiere decir es no. Pero no nos podemos quedar tampoco en este no, puesto que éste nos devuelve al instante al sí, y así sucesivamente. De esta manera no se adelanta nada, porque el sí y el no, se encuestran emparejados. El resorte de la trampa es similar al del sofisma griego de Eubúlides Milesio: "Epiménides dice que los cretenses son mentirosos, pero él es cretense, por lo tanto Epiménides dice la verdad, por lo tanto los cretenses son mentirosos, por lo tanto él miente, etc., etc.". Como por brujería, la verdad se convierte en mentira y la mentira en verdad, imposible salir de la rueda. El espíritu metido en ese círculo vicioso da vueltas sin cesar, sobre sí mismo como la serpiente que se muerde la cola. El equivalente diabólico de una verdad es el error

del cual no podemos salir. En este movimiento no puede haber una progresión, pues el solo progreso posible es necesariamente la síntesis de los contrarios: cuando dos puntos de vista se oponen, la discusión sólo avanza si se encuentra la salida de una conciliación. Martínez Estrada, como ciertos discípulos infieles de Hegel, Kierkegaard, Jaspers y sobre todo Nietzsche y Kafka (a quienes debemos considerar los dos maestros más inmediatos de Martínez Estrada), suprime de la trinidad hegeliana, el momento de la síntesis sustituyéndola por una paradoja (1). La visión dialéctica, optimista del mundo, es cambiada por una visión trágica, o mejor aun tragicómica, pues los heroicos se ha vuelto grotesco. Excluida la conexión sistemática, las contradicciones coexisten en una unidad dada sólo por la reiteración constante. En Hegel, la tesis choca con la antítesis, pero ese choque es ya una síntesis. Si la síntesis no se realiza y en Martínez Estrada no se realiza ya que, como veremos más adelante, no se trata de unir dos términos, sino dos dialécticas distintas, dos movimientos totalmente divergentes, entonces la antítesis vuelve nuevamente a la tesis y se cierra el círculo. El pensamiento de Martínez Estrada no es lineal, progresivo, dialéctico, como en los historicismos, de Hegel y Marx y los existencialistas; sino circular, mágico, mecánico, como en Spengler, Toynebee, Frobenius, Klages o cualquier filósofo del eterno retorno de la Historia. "Ideas y tormentos empiezan como la rueda, en el mismo sitio en que su giro termina. Y vuelve a empezar el mismo proceso mecánico" (Muerte y transfiguración de Martín Fierro).

Vemos, pues, qué contradicciones internas ocultan el contrapunto perpetuo de su estilo. Martínez Estrada es un testigo de la realidad argentina, y un testigo debe inevitablemente ver desde una determinada perspectiva, desde un peculiar punto de vista, único e intransferible. Pero Martínez Estrada se mueve simultáneamente en dos planos distintos y contradictorios, pasando de uno a otro sin advertirlo. Por un lado, se dice sumergido en los acontecimientos, o sea sin poder comprenderlos, sopor-tándolos sobre sus hombros y sin tomar parte en ellos. "Yo ya no entiendo nada de lo que pasa en mi país. Yo no puedo hablar de lo que está pasando en China, pero del mismo modo no puedo hablar de lo que pasa aquí", nos decía reiteradamente meses atrás. Pero, por otra parte es el lúcido intelectual que planea sobre los hechos, que asiste como espectador al drama del que él mismo —en su otra faz— es víctima; explicándolo con una lejanía y una seriedad tales, que le permiten relacionarlos y esclarecerlos a la luz de Kafka, Nietzsche, Spengler o Maquiavelo. O sea, que en algunos momentos Martínez Estrada se considera por debajo de la realidad, y en otros por encima, pero nunca en la realidad misma. Pero la realidad está determinada precisamente, por la posición que ocupa el espectador, de la misma manera que en el cine, el ángulo fotográfico está dado por el sitio que ocupa la cámara. En la visión normal, la cámara se encuentra al nivel común de un espectador puesto de pie. Pero si la cámara es colocada en lo alto, en la posición de un hombre que mira desde una ventana o desde una escalera; las cosas aparecerán aplastadas, pe-

(1) Es precisamente en una conferencia sobre El sentido de la paradoja de 1934, que M. Estrada nos dará la clave de toda su filosofía.

queñas, insignificantes. Si por el contrario, la cámara es colocada a ras del suelo, desde el punto de vista de un hombre mirando la calle desde la claraboya de un sótano; las cosas aparecerán monstruosamente agrandadas y con un aspecto imponente y dominador. Así es la visión de Martínez Estrada, como testigo de la montaña, ve los hombres y las cosas, insignificantes como hormigas y su reacción es entonces la simpatía un tanto desdefiosa, la piedad un tanto burlesca. Como hombre concreto de carne y hueso, que vive en esta monstruosa ciudad, que vaga solitario por sus calles inhóspitas, que se asoma melancólicamente a la ventana de su departamento en las tardes de lluvia, que cumple una rutinaria tarea burocrática en una oficina de correos; ve los acontecimientos humanos, como monstruos que se abalanzan para aplastarlo y su reacción es entonces un estremecimiento de terror. "Entonces por las calles, en los cafés, en los tranvías, en los cinematógrafos, de pronto siento que lo ciñe el miedo; lo asalta un terror remoto e inexplicable como si estuviera solo entre centenares de conciudadanos". La cabeza de Goliath.

El hecho es que en ninguna de las dos perspectivas, Martínez Estrada está metido en la realidad que describe, sino frente a ella, separado, fuera. "A través de la ventana observo el frente de las casas más allá de la plaza, con sus ventanas cerradas". "Es seguro que detrás de esos vidrios que veo, hay otras personas que disfrutan del acogimiento templado de la habitación, tan conformes como yo". La cabeza de Goliath. Entre Martínez Estrada y las cosas se intercala siempre una ventana con vidrios. Entre la realidad que describe Martínez Estrada y el lector se intercala en forma casi imperceptible la conciencia de Martínez Estrada, cristal transparente, translúcido a las cosas —vamos todo lo que ella ve— pero a la vez opaco para las significaciones de las cosas. Esa es su trampa. La contemplación pasiva de las cosas, es el método de la ciencia del siglo pasado o sea el método analítico, que considera a la realidad como la suma de todos sus elementos. Radiografía de la pampa y sobre todo La cabeza de Goliath, donde sus procedimientos se hacen más visibles aún, son colecciones de elementos aislados entre sí, a los que además se les ha quitado toda relación significativa. Las cosas adquieren así un carácter absurdo cuando no grotesco; cada capítulo de La cabeza de Goliath se resuelve con una ironía. El humorismo no desentona con el pesimismo general de la obra, ya que como el propio Martínez Estrada confesara: "el humorismo es casi inevitablemente el contrapunto de la paradoja. En cada humorista existe la misma posición incómoda dentro de la sociedad o dentro del universo; lo que distingue al pensador paradójico del humorista cuando no son una misma persona, es que el humorista es un escéptico". El sentido de la paradoja. En estas líneas se resume el plan original de Martínez Estrada; su escépticismo, su posición incómoda dentro del universo y dentro de la sociedad, su elección del contrasentido, "el contrasentido que algún día se considerará clásico", su negación desde un comienzo a comprender, que le facilitará luego su tarea de acusar al mundo de incomprensible y a la historia de maldad.

La lejanía, la separación con aquello de que habla, es más evidente aún en su única obra de ficción, esa crónica fría y objetiva que es La inundación. Martínez Estrada no se hace en ningún momento cómplice de sus personajes. Está por encima de ellos y ve más allá de lo que éstos

pueden ver; sabe que después del arco iris —que hará esperar a los pobladores de General Estévez— volverá nuevamente a oscurecerse y a llover. Vista así por una mirada trascendente, que nada espera porque conoce el porvenir, toda esperanza de salvación está condenada de antemano y las desgracias concretas de unos hombres singulares se transforman en un Mal absoluto que pesa sobre la condición humana.

Así como en *La inundación* muestra la impotencia del hombre frente a un Cielo hostil o por lo menos indiferente; toda la obra de Martínez Estrada tiende a mostrarnos al hombre débil, indefenso, desamparado, luchando vanamente contra las "potestades del caos", contra "las fuerzas oscuras de la pampa". Si la naturaleza, el Paisaje en bruto, tal como se da en el campo, es hostil al hombre, cabe suponer que la solución está en la Civilización, en la Sociedad, en la Ciudad. Pero en la ciudad, lo irracional, lo absurdo, lo inhumano de la Naturaleza, adquiere otras formas más monstruosas aún: la Industria, la Técnica, la Máquina, consideradas como entes naturales, autónomos, totalmente despojados de sus significaciones humanas. "Entendemos por Civilización un sistema que participa, acaso, más de la naturaleza que de la razón". El sentido de la paradoja. La idilia vuelta a la naturaleza, que Martínez Estrada parece propiciar en muchas páginas de *La cabeza de Goliath*, no es sino un cambio de infierno, puesto que la Naturaleza no es para Martínez Estrada un jardín sonriente como para Rousseau. La "presa fugitiva" de la Naturaleza se convierte en "presa enjaulada" de la ciudad y viceversa. Estamos moviéndonos en un círculo vicioso y no hay ninguna escapatoria para el hombre: el Martín Fierro (el Martín Fierro de Martínez Estrada) va y viene del infierno del Fortín al infierno de las Tolderías, condenado a vagar siempre sin lograr la paz en ninguna parte. El Universo entero no es sino una serie de jaulas colocadas una dentro de otra como en una caja japonesa. La única realidad humana no es el hombre sino esa gran jaula cósmica. "No puedo evitar la idea pertinaz de que se trata de celdas, con aberturas por donde entra el aire y la luz; y sale como la mía, la mirada del morador. Se trata de celdas y de prisiones". *La cabeza de Goliath*. El hombre está prisionero entre los muros de las casas que son celdas, y de las que ni siquiera vale la pena evadirse aunque "el guardián haya desaparecido hace años o siglos", porque fuera están los muros de la ciudad, y más allá aun, donde la ciudad se disuelve en el vacío, los muros amenazadores de la pampa, del desierto. Siempre muros infranqueables, inertes, impasibles, ajenos al sufrimiento del hombre, incapaces de ayudarlo. El retrato del Hijo Mayor en *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, es la imagen del Hombre de Martínez Estrada.

Presentado en esta forma, el problema carece por supuesto de solución y la agitación de los hombres es por lo tanto vana. Pero ésta es la visión de una subjetividad fuera de la situación, por alguien que no la vive y se limita a contemplarla. Sólo el que está fuera puede ver la jaula —son palabras del propio Martínez Estrada— el pájaro no ve los barrotes, ve lo que se ve a través de los barrotes. El hombre, ese prisionero, ese pobre iluso, sigue creyendo ingenuamente que sus gestos son libres y no los reflejos condicionados del perro de Pawlov, y otorga un sentido a su lucha a la que no va a renunciar porque los profetas decidan que el sentido de

toda lucha es ilusorio, y sigue aferrado con todas sus fuerzas a la esperanza. Debajo de la sutil dialéctica de Martínez Estrada está la dialéctica elemental de los hombres, tan superficiales como para no ver la maldición de haber nacido en América y seguir empeñados en ver solamente la maldición de ser oprimidos por sus semejantes. Tan superficiales, esos campesinos, como para que la injusticia del estanciero, les haga olvidar la injusticia infinitamente más profunda de la Naturaleza. Tan superficiales, esos obreros, como para que la opresión del capitalista, no le permita ver que la Máquina es el verdadero enemigo, y que contra la Máquina nada se puede. Tan superficiales y tan cándidos, como para no encontrar ayuda su lucha ya que luchan contra seres concretos y por lo tanto vulnerables y no contra entes abstractos. Ciegos conducidos por ciegos, Hama Martínez Estrada a los movimientos de masas. Ciegos, porque no ven las gesticulaciones que hacen aparecer a los hombres como enloquecidos. Pero los ciegos pueden estar más cerca de la verdad que los sordos que sólo ven las gesticulaciones sin oír el lenguaje que da una racionalidad a las cosas. Basta entrar en el juego, ponerse en el lugar del hombre, ver a los hombres como ellos se ven, únicamente preocupados de infimas cuestiones humanas, demasiado humanas, para que todo vuelva a adquirir un sentido. El pesimismo de Martínez Estrada —como todos los pesimismo— no es una consecuencia de sus experiencias personales, sino de las experiencias adversas de los demás, de los que son lo suficientemente optimistas como para tener experiencias. Frente a la urgencia y a la dificultad creciente de los problemas que se le presentan, Martínez Estrada rehuye los métodos racionales, técnicos; optando por la pasión, es decir por los métodos irracionales, mágicos, que sólo solucionan simbólicamente el problema poniéndolo entre paréntesis. Su actitud es similar a la de quien ante un peligro, en vez de defenderse y luchar opta por desmayarse o hacer gesticulaciones, suprimiendo en esa forma la conciencia del peligro, pero no el peligro.

Si Martínez Estrada siente que la realidad argentina no le pertenece, es simplemente porque ha rehusado de antemano tomar parte en la lucha de los hombres. Si está solo —como tal vez todos los argentinos lo estemos— es porque ha elegido su soledad. Si siente miedo, es porque ha suprimido todo lazo que lo una con los demás. Porque la subjetividad humana no es inercia, reposo, ni repliegue sobre sí mismo, sino por el contrario movimiento hacia afuera, hacia el mundo, proyección, trascendencia; es que el hombre puede crear sus lazos con el mundo. Ninguna posesión nos ha sido dada, y en un sentido primero y metafísico somos unos desposeídos —como ha dicho Murena— extranjeros entre los hombres, extranjeros en la tierra, pero la indiferencia extranjera del mundo tampoco nos ha sido dada, porque el hombre no es una cosa; sino una espontaneidad que desea, que ama, que quiere, que obra. La ajenedad, la extranjería, ese sentimiento con el que tanto han especulado los discípulos de Martínez Estrada, es una actitud humana como cualquiera otra —como el sentimiento nacional, por ejemplo— e implica como cualquier actitud humana, una parte de subjetividad, de contradicción, de comedia, de fracaso.

Como todo aquel que quiere pensar sinceramente, es decir como todo

auténtico intelectual, Martínez Estrada se ha apartado ostensiblemente de los demás, pero a la vez quiere convencerse y convencernos, que los demás se han apartado de él. Su condición de escritor se convierte entonces en una maldición, en una enfermedad incurable de la que todos huyen: Incluso, termina por adoptar la imagen que la Sociedad se hace de todo intelectual y reconocer que está absolutamente demás, que la literatura es, entre nosotros, una tarea vana, una pasión inútil, pero de la que no obstante él no podrá apartarse, porque está condenado a escribir, como Sísifo está condenado a arrastrar la roca, absolutamente para nada. Vemos así nuevamente a Martínez Estrada, moviéndose entre dos planos antagónicos —uno moral, otro ontológico— pasando de la provocación al respeto del Mundo de Valores que lo niega; de la jactancia de una soledad elegida al lamento de una soledad de hecho. Su Sarmiento, libro que debe considerarse como una autobiografía de Martínez Estrada, nos ilustra más que ningún otro sobre su doble juego. "En ninguna parte estuvo tan fuera de su país, de su clima propicio, como en su país mismo. Los años que aquí residió han de haberle parecido sus años de exilio". "Su repatriación como la de Rivadavia ¿no fué su sepultura eterna? Nada mejor para el profeta que la tierra extranjera". Estos y otros párrafos dedicados a los proscriptos, tienden a darnos una imagen de Sarmiento cargando sobre sus espaldas la condena de la soledad y el destierro, como una ley fatal, como un sino inexorable. Pero en otras partes, Martínez Estrada se enfurece y califica a Sarmiento de traidor y de falsario, porque renunciando a su destierro, decide bajar de la montaña muy cerca del ciclo, donde al parecer de Martínez Estrada, deben habitar los profetas; para mezclarse entre los hombres y sus mezquinas luchas humanas. Entonces Martínez Estrada le dirige sus más amargos reproches, por no haber sabido ser lo que él hubiera querido que fuera. "Pues la obra que Sarmiento realiza aquí como gobernante y legislador es lo negativo". "No sobrepasó la timidez de los falsarios". Es aquí donde descubrimos a Martínez Estrada en flagrante contradicción: en que los argentinos están respondiendo a un indeterminismo geográfico que los divide inexorablemente en "desterrados" y "arraigados", no es posible que se pueda pasar libremente de una categoría a la otra. No es posible clasificarlos en "puros" y "pecadores", utilizando palabras de una terminología moral tales como "traición", "compromiso", "falsario", que implican una responsabilidad y por ende una libertad que se ha empezado por negar. El fatalismo telúrico, el demonismo geográfico-americano, no deja lugar a la reprochación ni a la indignación moral, ni a la distinción entre el bien y el mal. Sin embargo la obra de Martínez Estrada es una continua acusación, una indignada protesta. Pero es aquí cuando las antinomias se entrecrochan y se anulan entre sí. Martínez Estrada protesta, pero su protesta rebota porque el mundo no oye, todas las comunicaciones están cortadas, Martínez Estrada está condenado a una tarea absolutamente gratuita y vana; la rebelión inútil; una rebelión inevitable, porque todo debe ser cambiado, pero a la vez imposible, porque nada se puede cambiar. Con esta aporía Martínez Estrada justifica su epojé perpetua, como los escépticos del siglo III y IV a. J. C. Lavado del pecado, pero sin la penosa necesidad de renunciar a las ventajas de una posición de privilegio. En un país y en una ciudad

simbólicamente destruidos en sus libros, milagrosamente conservados intactos en la realidad, Martínez Estrada puede seguir haciendo la vida de un pacífico ciudadano, acumulando premios literarios y jubilandos de un cargo público, sin remordimientos de conciencia. Rebelde a sus horas; la libertad es su afición como para otros lo es una colección de estampillas. No habiendo sido nunca de ninguna manera, un perseguido, un oprimido, un desterrado, Martínez Estrada ha pensado siempre como tal. No habiendo sido tampoco un conformista, un satisfecho, un resignado, ha vivido siempre como tal; de ahí las constantes contradicciones de su obra. Atacando a la clase a la que pertenece por su nacimiento, por su cultura, por sus gustos, a la clase de la que permanece parásito, pues forma su público aceptando sus aplausos y laureos, objetivamente cómplice de esa clase; su rebelión no puede ser sino subjetiva, interior, susceptible a ser expresada abstractamente por medio de exclamaciones y metáforas. La burguesía, por su parte —que a diferencia de los totalitarismos destruye a sus enemigos dejándolos predicar en el desierto— encuentra en Martínez Estrada, la oposición suficiente como para dar una válvula de escape a todos los disconformes, pero a la vez una oposición tranquilizadoramente ineficaz. En efecto, la elección fundamental del fracaso es lo que ha hecho Martínez Estrada, lejos de incitar a la acción tiende a paralizarnos en la angustia y en la indecisión. Tomemos como ejemplo su actitud antiimperialista. Martínez Estrada, ha sido el primero entre nosotros, debemos reconocerlo, en señalar a América Latina y España y también Italia (la Italia del Vaticano) y Portugal, como piezas de maniobra en el plan anglosajón de dominio mundial (*). Pero su denuncia no es, como habría que deducir, un llamado a la revolución nacional y popular de los pueblos latinos. Martínez Estrada cree, con la antigua ley, que el poder corrompe inevitablemente a los jefes y que no hay nada más reaccionario que un revolucionario en el Poder. El propio Sarmiento en el Poder ofreció suficientes pruebas para colocarlo en la línea de los contrarrevolucionarios. Las revoluciones son por lo tanto hermosas sólo cuando fracasan y los revolucionarios son puros cuando aceptan el camino del destierro o la corona del martirio, es decir cuando renuncian a la lucha, siguiendo el pernicioso ejemplo de nuestro primer Héroe. Es que Martínez Estrada se complace con su indignación ante el capitalismo o el imperialismo y teme —aunque simule lo contrario— que éstos sean verdaderamente derrotados, porque no tendría entonces motivo para indignarse, es decir se quedaría sin su razón de ser. Como el neurótico se aferra a su complejo, Martínez Estrada se aferra a su escepticismo y no quiere la construcción de un mundo mejor ya que tendría que aceptarlo y resignarse a ser como los demás.

Las denuncias de Martínez Estrada no tienen pues, por objetivo, como para Marx y Rimbaud, modificar el mundo; sino simplemente salvar

(*) Cuando Jorge Abelard Ramos en *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, acusa a Martínez Estrada de ignorar la palabra imperialismo, revela que pasó por alto varios capítulos de Sarmiento y que ignora la existencia de un artículo de M. Estrada publicado en la Gota Postal y Telegráfica Panamericana, titulado *Los fundamentos de la grandeza de América sólo pueden ser los de la unión sin ninguna reticencia*.

la cara. Decir la verdad no es para él, sino una cuestión de dignidad personal, de buena conciencia. Martínez Estrada hará de su vida, lo que Sarmiento debió hacer y no hizo" (...) debió haberse aislado para consagrarse al análisis minucioso y exhaustivo de esos males como hizo Alberdi, y eso hubiera requerido en él la aplicación de toda su vida. Las condiciones de filósofo y de sociólogo de las que no carecía en realidad se habían desarrollado en él, pero la acción lo fascinaba".

Liberado de los compromisos con las incoherencias del presente, Martínez Estrada ataca —en nombre de la Verdad total— las soluciones parciales y fragmentarias que se alzan para arreglar este país o el mundo, confesándose él mismo impotente para dar su propia solución. Denuncia todo aquello que se hace, porque efectivamente se hace mal —¿cómo podría hacerse mejor en medio de las circunstancias más adversas!— en nombre de todo cuanto sería preferible hacer, pero que no puede hacerse en absoluto. Basta tener una idea platónica, es decir perfecta, absoluta de lo que deben ser las cosas, para que las cosas tal como son, nos parezcan las peores frangolladas.

La misión del escritor es mostrar las mistificaciones, señalar todas las injusticias vengan de donde vengan, es cierto, pero no desde el mirador de la torre, sino en el mismo campo de batalla. Puesto que una actitud revolucionaria, deviene declamación, gesticulación sentimental, si no se funda sólidamente en una posición política; si hemos elegido estar en el campo que lucha por las transformaciones sociales —como ha elegido Martínez Estrada— tenemos inevitablemente que transar con cierta manera de equivocarse de los obreros y renunciar a cierta manera de tener razón de la burguesía. Debemos renunciar si es preciso a defender los formalismos de la democracia, cuando a ellos se contraponen ventajas sociales concretas. Debemos renunciar a defender los valores de la cultura libresca y de la inteligencia pura en peligro cuando a éstas se contraponen la cultura social y el desenvolvimiento de la conciencia de clase del proletariado. Y debemos sobre todo, cuidarnos al defender los valores de la libertad y el respeto de las conciencias, de no contribuir al chantaje moral que con ellos, hace la burguesía.

Martínez Estrada, es uno de los pocos intelectuales argentinos —el Murena de 1948 y 1949 fué otro— quien ante las convulsiones del Terror revolucionario, no corre a refugiarse en la paz del Humanismo contrarrevolucionario. En una larga conversación que sostuvimos sobre la actualidad argentina, Martínez Estrada nos decía: "Dicen que hay una atmósfera irrespirable en nuestro país. Es que se ha removido la basura y eso da mal olor. Antes estábamos acostumbrados a tajar la basura con un ramo de flores". En esa misma oportunidad nos dijo: "Mi país está paralizado. Ahora anda. No se si hacia el abismo, pero anda". Su generosidad y su lucidez, le permiten a Martínez Estrada abandonar el punto de vista recalcitrantemente burgués, y eso basta para que el caos y la confusión de estos tiempos adquieran otro sentido, así como también la paz y la normalidad del "buen tiempo viejo". Pero por otra parte y contradiéndose como siempre, se niega a elegir aliados por precarios y temporales que sean, rechazando todo acuerdo, toda transacción, todo compromiso con quienes, en una forma u otra, han polarizado las esperanzas del prole-

ariado. Martínez Estrada no ha querido ver, que, porque la política actual sigue caminos tan intrincados y confusos, no tenemos más remedio que aceptar recorrer un trecho junto a compañeros con los cuales no aceptamos nunca seguir hasta el final. Subjetivamente Martínez Estrada no puede estar —y nosotros tampoco— con ninguno de los bandos en pugna, pero al permanecer al margen de la lucha, se hace aunque indeliberadamente defensor del statu quo. Es necesario, pues, elegir nuestros enemigos, estar contra todos en general, es no estar contra nadie en particular; la negación total es un absoluto colocado fuera de la historia. En momentos en que los pueblos oprimidos de América Latina, comienzan, aunque con indecisiones y timidez, a confiar en sus propias fuerzas; la intransigencia moral, que en el lenguaje político se traduce por abstencionismo, no sirve sino para desalentar a los que están luchando por imponer su propio destino en la historia. La libertad inalienable del Espíritu es un mito: el intelectual independiente es también un hombre hundido hasta la cabeza en la historia. La verdad objetiva, no será más que el objeto de su elección subjetiva, su descripción imparcial será su forma de tomar partido y peor aun de tomar partido a ciegas, ya que se termina siendo el servidor vergonzante de una causa a la cual se ha rehusado adherirse conscientemente.

CAPRICORNIO

Revista de Literatura, Arte y Actualidades.

Editada por CADMO S. R. L.

Maipú 634 - T. E. 32 - 7140 - Buenos Aires - Argentina

Suscripción por 6 números \$ 30.—

Exterior 2.50 dólares

Adjunto giro, cheque o bono postal por \$

correspondientes a las suscripciones por Seis Números de la Revista

Capricornio, a partir del N°

Nombre

Dirección

Localidad País

UN CLERO TOTALITARIO

ELENA DE LA SOUCHÈRE

I — LA GUERRA SANTA

Acaba de aparecer en España un libro singular que no hará gran ruido en el exterior: son las memorias del dirigente carlista Lizarza. Al evocar el turbulento estío de 1936 y las pequeñas parroquias navarras donde los sacerdotes preparaban la guerra civil introduciendo la dinamita por contrabando en cajas usadas de tomates, Lizarza nos transporta a los orígenes del Concordato, hermoso presente muy moderno, ofrecido por el Vaticano al régimen franquista. El Concordato da sentido y actualidad a los humildes hechos que lo vinieron preparando desde antes, pero la naturaleza de esos hechos aclara el espíritu en que se inspira este Concordato que cristaliza cierto concepto totalitario del catolicismo, concepto extremo y propio de España en el que se revela un reflejo atenuado en otros aspectos. En su forma virulenta es cuando un mal se presta a la observación. Preciosos son, en este respecto, los síntomas recogidos por Lizarza, con la ingenuidad de un hombre que fué actor y testigo parcial del drama que relata.

Entre las figuras de los sacerdotes evocados por el autor, están las de los curas de Caparrosa, Esquíroz, Berriozar y Traibuenas, cuatro compañeros resueltos que en el período de espera, pesado y húmedo, que precedió al 19 de julio, habían convertido sus presbiterios en fábricas y depósitos clandestinos de granadas. Los envíos de dinamita que recibían de Bilbao, a intervalos regulares, revestían la inofensiva apariencia de sacos de semillas. En el pueblo de Lezaun los "requetés" hacían ejercicios bajo el comando del cura del lugar. Las armas estaban escondidas en las iglesias y los conspiradores encontraron abrigo en ciertos presbiterios. El cura de Noain había instalado una emisora de campaña en el campanario de su iglesia.

Pocos días después, la leva en masa de los "requetés" se efectuó alegremente, al grito de "Viva el Cristo Rey". Otro testigo relata en estos términos, la partida para el frente de los "requetés" de Pamplona: "Cañones de voluntarios, rara y ridículamente uniformados con sus clásicas boinas rojas, sus escapularios y sus medallas, daban la vuelta a la plaza de anchos soportales, marchando hacia el frente en medio de cantos y gritos alegres. Al centro de la plaza se celebró una misa al aire libre. «¡Adiós!» «¡Al Ciclo!», gritaban los hombres a las mujeres que agitaban sus pañuelos blancos (1). Los habitantes de San Sebastián vieron surgir frente a las alturas navarras, en medio de polvareda de julio, extraños cortejos erizados de fusiles y bayonetas. Entre los "requetés" de boinas rojas se habían desfilado algunos uniformes kakis de militares y camisas azules de falangistas... También dos o tres guardias civiles con su uni-

(1) Ansaldo. — Memorias de un Monarquista Español. Edit. de Rocher. Ménses.

forme verdegris, encabezaban la marcha encasquetados en su bicornio de cuero y su viejo máuser en bandolera. Escapularios y medallas brillaban en todos los pechos. Los invasores terribles, bajo su máscara de sudor y polvo, entremezclaban a sus canciones de partida, blasfemias, gritos de muerte y vivas a Cristo Rey. Fácil fué enrolarlos: al ver pasar la columna los hombres de cada pueblo, empujando su fusil de caza se unían a la horda. Así estaban todavía agrupados por parroquias. Cada grupo pueblerino se distinguía por la mancha negra de una sotana. A veces, el cura encabezaba la columna con su fusil al hombro.

La tradición ha conservado el recuerdo de ese sacerdote jefe de banda del siglo pasado que con una mano daba la absolución a los enemigos caídos en su poder y con la otra les reverteba la cabeza. Si ninguno de los sacerdotes amigos de Lizarza, adquirió un renombre perdurable se debe principalmente, al sentimiento de odio que inspiraban sus actividades belicosas, lo que explica, por otra parte, la reacción de cólera que echó a los obreros en armas al asalto de las iglesias. Y este odio que incubaba sordamente en las masas, alimenta el complejo de miedo y de soledad que empuja al cura, a lanzarse adelante con sus fieles, armas en mano, provocando una sucesión de violencias que está en potencia en todo sentimiento de odio. El cura de Caparrosa introducía su carga de dinamita en cajones usados de tomates cuando los obreros de Madrid iban pacíficamente a su trabajo. Pero cinco años más tarde, grandes llamaradas flameaban alegres en las iglesias, el mismo día en que en el "Debate", el señor Angel Herrera, futuro obispo que no llevaba todavía sotana, pero que pasaba ya por el portavoz de la Iglesia, predicaba a los fieles su adhesión a la República recién nacida.

Un siglo antes de 1836, ya se incendiaron iglesias cuando el marxismo aún estaba por inventarse y que el ministerio liberal de Mendizábal acababa de decretar la "desamortización", medida semejante al decreto de la asamblea legislativa francesa que decretaba en 1790 la apropiación y la venta de los bienes de la Iglesia. Después de todo en España, toda convulsión política ha puesto fuego a las iglesias. Por tres veces en un siglo los hombres de las pequeñas parroquias de Navarra, con su boina roja en la frente y su escapulario al cuello, se han levantado en armas bajo la conducción de sus curas a los gritos de "¡Viva Don Carlos!" y "¡Viva Cristo Rey!" Entre el sacerdote y aquel que soporta impaciente-mente su tradicional ascendente, la guerra es más que secular en ese pueblo de España, semejante a una Vendée, en la que la violencia latente volverá a insurgir periódicamente en bruzcas llamadas.

Esta guerra tiene un carácter especial. Se ve entre otras cosas que el cura lleva armas y bendice los cañones. Pero si ocurre que el cura es llamado a las armas como ciudadano a pesar del carácter que inviste, hiere al enemigo y absuelve al moribundo, hiere como soldado y absuelve como sacerdote. Si le toca celebrar la guerra, lo hace en términos vehementes y mezcla al Eterno a las querrelas que no le incumben; se deja arrastrar por sus impulsos patrióticos que al encender su odio lo empuja por encima de lo que le enseña su religión. Pero los curas amigos de Lizarza, no fueron llamados a combatir por una necesidad momentánea.

No fueron empujados por ningún sentimiento ajeno a su condición. Ellos eligieron el combate y lo hicieron en su condición de curas para defender los privilegios seculares de su religión. Su guerra fué una guerra de religión. Ellos la definen como una guerra santa, y la santidad del móvil la santifica ante los ojos menos avisados.

Así el sacerdote que rechaza el incorporarse a la guerra santa, es considerado un renegado a quien hay que eliminarlo de la comunidad de los fieles, si es necesario, por la violencia. Los oficiales de las columnas de los "requetés" lanzados al asalto de las provincias marítimas vascas, llevaban en su casaca la lista de los curas que no aceptaron asociarse a la piadosa empresa guerrera. Al entrar en Oyarzún, población de la provincia de San Sebastián, el comandante de una compañía de "requetés" interpeleó al cura del lugar:

—¿Cómo se llama usted?

El cura dió su nombre.

—Sí, aquí está vuestro nombre —dijo el comandante con los ojos fijos en la lista de sospechosos que le había sido entregada al partir.

El pobre sacerdote fué arrestado de inmediato, así como sus dos vicarios. En las primeras semanas de la guerra civil, los combatientes de la guerra santa fusilaron dieciséis sacerdotes refractarios a la "cruzada" (2).

II. — UN CATALICISMO TENIDO DE ISLAM

Si la resistencia opuesta a la Iglesia, se concreta en medidas tomadas contra su tradicional dominación, la violencia de la respuesta del clero y sus fieles se explica, en parte, por las circunstancias históricas. Los espíritus retornan por una involución insensible al concepto de la "cruzada", tan familiar a este país que surgió a la vida de Nación, en la lucha cuerpo a cuerpo de una guerra religiosa que duró 700 años. Defendiendo su fe contra el invasor árabe, los católicos de España defendían al mismo tiempo su vida, su libertad individual y el orden social fundado sobre los preceptos de su religión. Una larga experiencia guerrera creó una asimilación entre la fe, el orden temporal que ella determina y los actos de violencia cometidos en defensa del uno y del otro. Entre los musulmanes el concepto de la guerra santa los había hecho guerreros; entre los católicos de España, obligados a la defensa, del hecho guerrero nació el concepto de guerra santa. Como la civilización árabe, renovada a su contacto como no lo tuvo en otra parte, el catolicismo se transformó al contacto del invasor árabe. Sólo ha vivido y vencido, oponiendo a la violencia árabe, la violencia al servicio de su propia fe. En la lucha de la guerra santa nació una religión violenta y belicosa semejante a la del

(2) En la provincia, vasca, el número total de curas presos, destituidos o exiliados por los franquistas durante la guerra, se eleva a 450: curas seculares 350 y frailes de distintas órdenes 130.

adversario. El vencido salió ganando, pues imprimió su marca sobre el vencedor.

A partir de esta larga guerra religiosa en que España fué forjada, el comportamiento religioso del español se reconstituye y aclara. El clero de las provincias marítimas vascongadas se muestra más pacífico y liberal. ¿Por qué sorprenderse? La costa atlántica abierta al comercio con el Occidente, no ha sufrido la dominación árabe y la larga lucha sobre su propio suelo. Por el contrario, Navarra fué una de las ciudades de donde partieron en marcha militar para la reconquista. Provincia pobre, aislada entre sus montañas, permaneció en su estado agrícola y patriarcal de vida colectiva. Aún permanece en medio del mundo moderno como un pedazo de la Edad Media, donde cada aldea es una patria viviente y cerrada, en la cual una fe preservada en su primitiva ingenuidad, asegura al cura una autoridad absoluta. Cada vez que el orden social de la aldea y de la Iglesia parece amenazado, los hombres de la boina roja sienten el reflejo ancestral de la guerra de reconquista y se levantan en armas bajo el mando de sus curas, conductores de almas y jefes de guerra, que castigan con una mano y absuelven con la otra.

III. — LA EDAD DEL RITO

Tal es el proceso histórico. Pero este proceso de violencia cometido en nombre de una mística propia de un ambiente fanático, no explica de ninguna manera el mecanismo mental del cual procede en este mismo ambiente o en cualquier otro. El hombre que hiere y mata por hacer prevalecer sus intereses o fundar un orden temporal, obedece a sus necesidades en la medida en que elimina competidores y quiebra obstáculos. La fuerza material obra sobre la materia, la destruye, la modela, la reconstituye según un nuevo orden. Pero aquél que hiere y mata en nombre de una idea, comete un acto en apariencia carente de significación. La violencia puede matar al individuo pero es impotente para destruir su convicción. La violencia impone los actos, las palabras, signos aparentes de una fe; ella no crea ni modifica las creencias. Si todo acto tiene su lógica interna, ¿de qué extraño proceso mental procede esa su falta de sentido, ese acto de violencia material dirigido contra el pensamiento?

El hombre cuya convicción es firme, evidencia también perennidad, siente y toca lo real; el hombre que no soporta ninguna duda y que conceptúa como falsa y engañosa toda opinión diferente a la suya, proyecta tal vez, sobre los secuaces del error, el odio que ésta le inspira. Si el error es un pecado, el hombre que lo profesa es un pecador y merece castigo. La acción de los inquisidores se funda sobre un odio más o menos consciente con respecto a su oponente, en la idea del castigo y en la opinión según la cual el sufrimiento físico ejerciera sobre el espíritu un poder convincente y purificador. Encontramos estos tres conceptos en la España actual como base de la represión que ejerce el régimen. Son raros aquellos que han sido condenados por delitos de hecho, reales o

supuestos. La vista de la mayoría de los juicios no menciona sino las actividades políticas o profesionales de los procesados o los actos de guerra por los que se le juzga. Al servicio de otra causa la valentía del soldado o el celo de un funcionario hubiesen sido meritorios. El castigo está pues ligado a la opinión, al delito de oposición. En otros regímenes totalitarios los opositores eliminados de la sociedad como peligrosos, son recuperados por ella como mano de obra. La moral y su corolario, la idea del castigo están ausentes del cerco de concentración. Las prisiones, los campos de concentración de España son los únicos en los que bajo la influencia de un catolicismo específico, el valor moral está ligado a la opinión. Este concepto ético de la represión ha sido puesto en claro por el sistema de "rescate de la pena por el trabajo", concebido por el limosnero general de las prisiones, el padre Pérez del Pulgar y adoptado por las autoridades, bajo la influencia del clero. Ya que el opositor tiene que rescatarse, porque es culpable, el error que profesa constituye una falta de sentido moral. Los sufrimientos y las penalidades con las cuales paga su deuda a la sociedad lesionada por su delito, tienen que ejercer sobre su espíritu una influencia purificadora. Estos conceptos explican el fenómeno irracional de la represión: el cambio operado en el último momento entre los condenados a muerte, al término de largos meses de esperar la ejecución, la gracia otorgada a algunos de ellos, la tardía ejecución de sus compañeros. El hombre que prueba fortaleza en sus convicciones, el irreductible es entregado al brazo secular, castigado como culpable, separado de la sociedad como peligroso de contaminación. El que se somete, vivirá. Pero aquí no hemos tocado lo equivoco que es la base de ese sistema de represión. La sumisión impuesta puede ser fingida. El sufrimiento puede quebrantar la resolución del individuo, inspirarle el temor que lo aleje para siempre de la acción; pero no puede llevarlo a tener por falsas las concepciones que él tiene por verdaderas, cuando más las renegará de palabra. Las convicciones cambian tan poco que la mayoría de los prisioneros liberados se lanzan de inmediato a la lucha clandestina.

La confusión entre la fe y los signos exteriores de la fe, se manifiestan bajo mil formas. Todos los domingos en los patios de las prisiones y campos de concentración los detenidos formando filas encuadradas por los guardias, deben asistir a la misa, de pie, y, guárdese de no hacerlo así. El estado de espíritu y las convicciones de cada uno importan poco: el reglamento impone la presencia física y la actitud. La identificación del rito con la creencia es tan profunda, tan evidente, que penetra aún en los espíritus de aquellos que son las víctimas pasivas: algunos prisioneros vencidos por las súplicas de sus madres o esposas, convencidos de que una virtud protectora está unida en apariencia al fervor, aceptan confesarse y comulgar para salvar la vida.

De otro orden son las imposiciones que pesan sobre los que en apariencia son libres de sus actos. Los funcionarios, los empleados para ser bien vistos, se ven obligados a cumplir con todos los ritos exteriores de la fe; frecuentar la Iglesia, hacer bautizar a sus hijos y escuchar la misa, se sobreentiende. Todos los matrimonios se efectúan en la Iglesia, en

virtud de una disposición tanto la ceremonia civil como el matrimonio canónico forma normal de celebrar las uniones. Las convicciones de los contrayentes importan poco; lo esencial es que concurran a la Iglesia y cumplan los ritos. Sólo están autorizados a contraer matrimonio civil aquellos que pueden probar bajo juramento ante un tribunal, que ellos no fueron bautizados. ¿Y quién se tomará tanta molestia para hacer constar un hecho que importa más ocultar para evitarse mil dificultades? El que no está bautizado y quiere contraer matrimonio se cuida de ponerse en evidencia, sin ruido ni escándalo con el cura del lugar. El protestante sólo debe demostrar que no recibió el bautizo católico. Desde luego es considerado como agnóstico: la ley ignora la religión reformada. Quien no es católico, no tiene religión. El protestante tendrá que contraer matrimonio civil a condición de que su futura cónyuge no sea católica. Si el protestante está obligado a aceptar el matrimonio civil, el católico no puede eludir el matrimonio canónico. Será inútil que quiera convertirse al protestantismo. La ley no admite la evolución de la conciencia. El que fué bautizado a su nacimiento es católico para toda su vida. Los novios que pertenecen a religiones diferentes, deben renunciar a legalizar su unión, a menos que el protestante se convierta al catolicismo.

Estas son extremas y caricaturescas consecuencias de esta confusión del vito y la fe, del espíritu y la letra, contra la cual ya el Evangelio puso en guardia a los primeros cristianos. El ritual no es un signo exterior de la convicción, pero es un valor en sí. La fórmula concebida para traducir y llevar el fervor del corazón, se aparta de su significación: la sílaba adquiere fuerza de encantamiento. La letra se alimenta de la debilidad del espíritu, a manera de esas flores del cementerio que echan raíces en la carne muerta. Las religiones se aniquilan, envejeciendo en un sistema de dogmas.

LAS RAICES

ELVIO ROMERO

De abajo,
desde abajo,
de allí abajo venimos!
De allí,
de las verdaderas,
de la más honda piedra, de la lluvia,
del revés de la lluvia,
del viento dispersado en levas torcidas,
del aire averenciado en laña y lumas,
desde el punto inicial
de una raíz gloriosa,
de allí,
¡de allí adentro venimos!

Aquí hay hombres que salen
de una dure corteza
(Y son madera),
de aguas e inundaciones
(y son de agua),
de agricultura y riego
(Y son semillas),
y hay hombres que son tierra,
que arrastran en la piel tierra adherida,
que tienen piel de tierra,
que tienen tierra en el costado, tierra
que les hornea el pecho,
que son tierra,
¡qué tierra son para encender la tierra!

¡Venimos desde abajo!
¿De muy abajo? ¿Acaso
de verdad de muy, de muy abajo,
desde el filón caliente de la sangre,
desde el fondo ardoroso de las lágrimas,
o desde el mismo origen del sudor?
¿Desde el sudor venimos?
¿Venimos ya desde el sudor acaso?

CAPRICORNIO

¡Mirad nuestros escudos!
¡Mira! que vienen desde muy abajo,
de adentro sus raíces,
de muy adentro crecen las raíces
que deliran aquí, que trepan por nosotros,
que por arriba gritan,
que a nosotros adhieren savia y lluvias,
que aprietan nuestras venas,
que encierran nuestros riños con raíces,
que nos devuelven siempre
al tirón ancestral de nuestra sangre,
que nos hablan,
que nos recuerdan que de allí venimos!

Venimos desde abajo,
¿De muy abajo? ¿Acaso
cada vez más cercanos a las raíces,
como el enigma-puro de una flor luminosa
besada desde el fondo por labios milagrosos,
cada vez más abajo,
a lo largo del polvo de las hojas,
cada vez más raíces
—¿somos raíces?—
cada vez más atados a la tierra,
cada vez más atados a las raíces?

¡Mirad nuestros escudos!
¡Mira! que vienen de la agricultura,
desde las mismas hierbas asustadas,
desde la misma noche,
desde el día,
desde el punto inicial
de una raíz gloriosa!
¡Temed que puedan encender la tierra!
¡Mirad que vienen desde muy abajo!

1954, AÑO DE LA PAZ

AGUSTIN FERRARIS

Cuando la Fundación N6bel decidi6 entregar el premio de literatura a George Bernard Shaw, coincidi6 con el a6o en el cual el fecundo humorista ingl6s no habia escrito nada. Dedicado al final de su vida casi exclusivamente a la labor teatral, era cierto al menos que habia varios a6os que no estrenaba.

—¿Mc habr6n premiado porque ya casi no escribo? — se pregunt6.

La benem6rita instituci6n ha resuelto este a6o de 1954 no entregar el premio N6bel de la Paz. El humorismo es tr6gico. El a6o 1954 fu6 en el orden de las tentativas pacifistas mundiales, el m6s fecundo del perido que abarca justamente la d6cada que se inicia en la terminaci6n de la 6ltima hecatombe mundial. ¿Es por ello que este a6o se ha resuelto no entregar el galard6n? ¿Hacen humorismo los albaceas de Alfred N6bel? Sin discutir sus resoluciones vale la pena recordar que el 6ltimo Premio N6bel de la Paz le fu6 otorgado al general norteamericano George C. Marshall, cuyo belicismo irrefrenable rebals6 la administraci6n p6blica de su patria durante todo el perido de la post-guerra, impregn6ndola de ese mismo esp6ritu hasta m6s all6 del comienzo de la administraci6n Eisenhower en enero de 1953 y que un d6a, actuando en Par6s en funci6n de delegado internacional ante otras naciones lleg6 a declarar, exaltado: —¿Tengo un plan b6lico secreto cuya ejecuci6n nos har6 invencibles! (1).

BALANCE FAVORABLE

Satisface constatar que, en efecto —y por encima de la il6gica actitud negativa de la Instituci6n N6bel—, el balance de las actividades en el campo de la pol6tica internacional ha sido en el a6o 1954 harto favorable. Concretamente hemos salido de la guerra fr6a sin caer en la guerra efectiva. Se respira de nuevo una atm6sfera de paz. Inmediatamente despu6s de agosto de 1945, el mundo, que se habia lanzado a estructurar nuevas ideas para su prosperidad y que poco tiempo despu6s habia sido agitado por una corriente belicista (con orgen, fuerza y ansias de expansi6n en el seno del alto capitalismo yanqui), vuelve de nuevo a trabajar de firme en principios que, basados en la paz inter-

nacional, prometen llevar la felicidad a todos los pueblos del mundo (2).

No se trata de simples objetivaciones te6ricas. Ni, mucho menos, de subjetivismos, reflejo de utopias pacifistas enfermizas. Del mismo modo que nos permitimos afirmar que vivimos un nuevo y s6lido perido de paz, no se nos escapa que esta nueva condici6n de la pol6tica internacional carece a6n de bases ideol6gicas con raices en todos los pueblos, incluidas todas sus clases sociales. Si hemos de ser sinceros —y es hora de que abandonemos las terminolog6as enga6osas— la paz de nuestros d6as arranca de la simple imposibilidad de ir a la guerra. Es el frente occidental, para decirlo de una vez, el que se ha roto. Sus contradicciones econ6micas lo han hecho a6icos y todas las palabras, de todos sus diplom6ticos, constituyen en nuestros d6as las m6s vivas de las falsedades. No es cierto que Estados Unidos est6 dispuesto a aceptar un honesto control de su energ6a nuclear, ni, tampoco, que admita intercambiar sus secretos militares con otras naciones, menos con aquellas que, no importa su similar estructura capitalista —o por lo mismo— pueden resultar ma6ana las indicadas para lanzarse sobre sus masas ciudadanas y asesinarlas si as6 lo exige la salvaci6n de su econom6a. Est6 asimismo muy alejada de la verdad la significaci6n arm6nicamente unificadora que se quiere otorgar al Pacto de Londres (el llamado pacto de los 9, iniciado en Londres en septiembre y firmado en Par6s en octubre de 1954). El pacto favorece en general a la paz en cuanto su consecuencia, la Uni6n Econ6mica Europea, es un suced6neo menos belicista que la Uni6n Europea de Defensa, verdadero instrumento de guerra del que depend6 inclusive el nonato ej6rcito europeo. Pero la Uni6n Econ6mica Europea s6lo es una verdad en la medida en que ha nacido una uni6n econ6mica europea contra la infiltraci6n del imperialismo econ6mico yanqui, cuyas marcas son las dejadas por las garras del Plan Marshall. Pero tampoco hay tal uni6n econ6mica europea. Antes de firmarse el pacto, Alemania fu6 neutralizada por Francia, que la hizo capitular con respecto a sus intereses en el Sarre. Gran Bretafia, en consecuencia, que habia ofrecido en los pl6g6menes de Londres llevar su seguridad militar hasta el Elba (para mantener sojuzgados a los ej6rcitos alemanes), reaccion6 de inmediato frente al triunfo franc6s, que engrandec6 a su vecino a expensas de Alemania. Y desde que una Francia poderosa es hist6ricamente tan odiosa a los ingleses como una Alemania fuerte, Winston Churchill —nunca un pol6tico fu6 tan d6ctil— corrigi6 de inmediato la mira de sus disparos.

(2) V6ase la pintura que de aquellos a6os hace la escritora norteamericana Anabella Bucar: "Es sabido que nunca hasta ahora en la historia de los Estados Unidos esta situaci6n se ha evidenciado tan visiblemente como en nuestros d6as. El salvaje desencadenamiento de la espionaj6a, los arrestos en masa de los ciudadanos progresistas, la adopci6n de toda una serie de leyes anti-obreras, la privaci6n a los ciudadanos norteamericanos de las m6s elementales libertades pol6ticas, tales son los rasgos caracter6sticos de la Am6rica de esta postguerra. Con un sentimiento de amarga pena y de dolor por mi pueblo, me veo obligada a reconocer que el camino seguido despu6s de la guerra por los Estados Unidos recuerda con espantosa precisi6n, hasta en sus menores detalles, el seguido por Alemania hasta llegar a la segunda guerra mundial". (Anabella Bucar, "La verdad sobre los diplom6ticos americanos", editorial Freyc6n, 1951).

(1) El plan, luego se supo, habia sido redactado por un grupo de personas constituidas en comisi6n especial y que se denomin6 Grupo de Estudios sobre Potencialidad Nacional y Pol6tica Exterior del Consejo de Relaciones Exteriores, dependiente de la Secretar6a de Estado de los Estados Unidos.

Los cañones de su política apuntarán de hoy en más —ya ha empezado— a considerar posible el rearmamentismo alemán. Y no cesará en esa política hasta no ocasionar un nuevo tropiezo a Francia. Al par que esta política británica la aleja de Francia, la separa de nuevo otra vez de Rusia, pues dos países hay sustancialmente interesados en el desarme alemán: Francia y Rusia, sus primeras agredidas cada vez que el poderío germano alienta su tradicional vocación (o necesidad) expansionista. En cuanto a la Alemania Occidental, la Alemania Occidental gobernada por las derechas de Adenauer al menos, su situación es sencillamente trágica. Huyendo de su hermana oriental, por comunista, sólo ve hacia su occidente las horcas que buscan su cabeza. Un apartado del pacto de los 9 firmado en París dice, textualmente y sin eufemismos: "Las fuerzas aliadas en Berlín conservarán sus plenos derechos de ocupación en vista de las condiciones especiales...", etc., etc. (3).

Repetimos, el año 1954 debe ser considerado como el año de la paz, en relación a los inmediatamente anteriores, pues la historia debe considerar como años de una aguda pre-guerra los que van de 1946 al 1953. Los dos focos iniciados en esa década, Corea e Indochina, y que habían tenido su origen, categóricamente, en planes belicistas destinados a provocar la tercera guerra mundial, fueron apagados, uno en 1953 y otro en 1954 (4).

UNA HISTORIA DE DOLARES

Debe comprenderse que ha desaparecido el peligro de una guerra entre occidente y oriente, o si hemos de ser más claros aún, de una guerra entre los países que lograron salvar al fin de la última contienda su estructura capitalista, contra aquellos que se lanzaron definitivamente por los caminos de una civilización estructurada sobre la base de una

(3) El lector hará bien en vincular esta nueva postura británica a favor de un rearmamentismo germano, con la inquietud que ha movido a los pueblos del Este a celebrar, urgentemente, una conferencia en Moscú. Además de Molotov, llevó la voz cantante en las reuniones celebradas el primer ministro de Alemania Oriental, señor Grotewold. Es visible que para impedir el nuevo armamentismo alemán los países socialistas volverán a jugar la carta de la unificación germana.

En cuanto al hecho práctico de fomentar el rearmamentismo alemán con la sola inspiración de quebrantar toda pretensión francesa de engrandecimiento, tiene gloriosos precedentes, uno de los cuales, el más típico, lo constituye un pacto firmado en Londres en 1935 (representaba a Alemania, von Ribbentrop) por el cual Gran Bretaña autorizaba a Alemania a desarrollar su flota de guerra hasta equipararse a la de Francia y a aumentar el desplazamiento de los submarinos en una proporción que colocaba a la marina de guerra francesa en irritante inferioridad.

(4) Dos libros, "El enigma de Mac Carthur", de John Gunter, (edición Espasa-Calpe de la Argentina, traducción de León Miras, año 1951) y "La Guerra de Corea", de Dzelepi, Stone y Bourdett, (Ediciones Prensa Libre, Buenos Aires, 1953), demuestran, categóricamente, que la guerra de Corea no sólo formaba parte de un plan para un conflicto bélico total, sino que precisamente, en cumplimiento de ese plan la guerra dió comienzo mediante el ataque a la Corea del Norte por la Corea del Sur.

mayor justicia social. Esa es la guerra superada. Y 1954 debe ser considerado el año feliz, no tanto por Rusia, como por Alemania Oriental, Checoslovaquia, Rumanía, Bulgaria, Hungría, China, e inclusive la India, que tras salir de la esclavitud capitalista los primeros y de su inferiorizante condición colonial la última, temblaron un día ante el temor de que una guerra interrumpiera sus esfuerzos, de profundas raíces populares.

No hay duda de que diplomáticamente hemos entrado otra vez en el resbaladizo período que caracterizó a los días que sucedieron al pacto de Versalles. Nuestros intereses económicos son contradictorios y no lograremos entendernos. Nuestro mejor diplomático será hoy un comerciante (Casi sería más objetivo, decir que en adelante nuestro comerciante se convertirá en diplomático). La verdad es que los repetiremos el camino de una serie de conferencias tan inútiles como las que siguieron a la de Versalles. Vamos a una conferencia internacional como a una feria en la cual la fuerza reemplaza a la vidriera. Nadie habla todavía con el tono desenfadado y agresivo, pero ello únicamente porque las fuerzas están aún equilibradas y, también, porque la política interna de cada país no ha creado al representante demagógico ni chantagista. El senador Mac Carthy, sirva su nombre por vía de ejemplo, ha sido un impaciente que no supo comprender que se anticipaba demasiado a lo que bien puede ser el destino inevitable de los país.

Todos los países de estructura capitalista (exclusión hecha de los coloniales y semicoloniales), están viviendo las consecuencias de esfuerzos hechos durante los últimos años en el sentido de salir de una guerra económica —la del Plan Marshall— que se les había clavado inmediatamente después de la última guerra y que les había impuesto inclusive la política externa a seguir. Ahora cada uno de esos países, liberadas sus economías, ha empezado a andar de acuerdo a sus propios intereses. El fenómeno es especialmente visible para las potencias europeas de mayor equilibrio económico y social, concretamente para Gran Bretaña, Francia, Italia y Alemania Occidental. Desde ahora el capitalismo de estas naciones —y aún de otras menores— querrá ser el rey en su patria y, si las circunstancias le son favorables, emperador sobre algunas otras.

PAZ Y COEXISTENCIA

Naturalmente el desarrollo de un trato armónico entre las economías compradoras de los países de gobiernos populares y las economías fuertemente vendedoras de las naciones gobernadas por sus clases capitalistas, facilitó la atmósfera de una coexistencia que fué pasando de lo económico a lo político. Las conferencias de Berlín en enero-febrero de 1954 y la subsiguiente de Ginebra al promediar el año tuvieron categóricamente ese sello. En la primera lo podrá advertir el lector que en lugar de leer los falsos telegramas de la prensa capitalista pudiese conocer integramente el discurso del delegado ruso, señor Molotov, quien dió hasta las cifras de las necesidades económicas de los pueblos de las nuevas naciones liberadas y que podían ser cubiertas con pedidos hechos en los mercados vendedores de los países capitalistas. Ya para esa

COEXISTENCIA Y AVANCE

Creemos haber demostrado que durante el año 1954, las relaciones entre las distintas naciones de los sectores capitalistas y socialistas han entrado en un período de trato armónico y que esta armonía encuentre su mayor apoyo sustentador en la coexistencia económica. Mientras no salgamos a factores más sólidos para una paz internacional, que debiera apoyarse en propios y justos principios de respecto mutuo, es claro que todos los esfuerzos deberán estar orientados al mantenimiento del sistema de coexistencia y trato recíproco económico. El día que comprendamos que un ascenso de las masas trabajadoras al gobierno de la cosa pública, puede ser tan saludable —o más— para la sociedad humana que los equipos de gobernantes de clase, la paz podrá descansar en algo más fuerte y valero que las simples ecuaciones económicas.

¡Coexistencia y trato económico! Pareciera fácil enunciarlo, pero ¿cuánto cuesta practicarlo! Un golpe de Estado reconoce en la Argentina la finalidad de frustrar una de las tantas tentativas para ponerlo honestamente en marcha: nos referimos al del 6 de septiembre de 1930. Luchábamos entonces los argentinos por nuestro autoabastecimiento del petróleo, lucha que no hemos podido superar aún. El 60 por ciento tenía que llegarnos de otros países. En esa emergencia recibimos una oferta rusa para colocar petróleo de Bakú en el puerto de Buenos Aires a once centavos el litro. Lo pagábamos mucho más caro a empresas capitalistas. Y como gobernaba Hipólito Yrigoyen, estuvimos a punto de concertar un acuerdo tan ventajoso. El imperialismo maniobró sobre nuestra derecha política e Yrigoyen fué depuesto.

Pero felizmente nos estamos recuperando. Hemos establecido en qué forma y magnitud las grandes potencias capitalistas están comerciando con los países comunistas. Un capítulo curioso de esta práctica lo constituye el esfuerzo que deben hacer los países de economía más modesta para poder acercarse también con iguales derechos a aquellos mercados. Vista esta lucha desde la República Argentina el balance arrojaría esfuerzos heroicos. Toda la campaña anticomunista servida por la prensa capitalista constituyó siempre un desvergonzado chantaje para que no operáramos en lo comercial con aquellos países. No molestaban tanto las ideas como las negociaciones comerciales, que nos iban liberando precisa y correlativamente, de los extorsivos altos precios que se nos fijaba de acuerdo a la rígida hermenéutica imperialista, desvergonzadamente encubierta en el lenguaje de "comercio libre". Visto desde este ángulo, el famoso "mundo libre" del que habla sin descanso la prensa del occidente europeo y las de los países americanos que aún sufren la penetración cultural yanqui no es otra cosa que una asociación de bandidos que operan con los guantes puestos, o sea, que primero han tomado los gobiernos para enseguida actuar al amparo de sus equipos técnicos, verdaderos cómplices en este monstruoso fraude internacional.

Como es natural la recuperación argentina pudo producirse desde el momento que la oligarquía fué desalojada del poder. Desde entonces, concretamente desde comienzos de 1946, en que las relaciones con la

Unión Soviética fueron restablecidas en su verdadera jerarquía, el más honesto, el más limpio y casi diríamos el más fructuoso de nuestro comercio lo hemos realizado con los países colocados al otro lado de la supuesta cortina de hierro. Satisface constatar que en rápida evolución también nuestros sectores comerciales fueron superando prejuicios y estableciendo contactos en un plano cordial y de respeto mutuo. Desde nuestra misión Cantoni en Moscú, es conocida ya la consideración que el mundo oficial moscovita guarda para las delegaciones argentinas. Por su parte nuestro país ha obrado correspondientemente. Al cumplirse en julio de este año el centenario de la Bolsa de Comercio, entre las invitaciones extranjeras no faltó la hecha a la Cámara de Comercio de la U.R.S.S., quien destacó a su presidente, señor M. Néstеров. Podríamos repetir todas las declaraciones formuladas a la prensa rusa por el señor Néstеров al regreso a su patria. La limitación nos obliga a sólo transcribir las siguientes:

"A lo largo de nuestras entrevistas y charlas en Buenos Aires establecimos que en la Argentina existe una actitud extraordinariamente favorable al desarrollo de los vínculos económicos con nuestro país. Esta actitud se reveló con particular claridad durante las fiestas a que dió lugar la celebración del centenario de la Bolsa de Comercio. A la ceremonia concurrieron numerosos representantes de los círculos de negocios de América Latina, así como delegaciones del Japón, Italia y España. El discurso del representante soviético fué escuchado con atención. Sus palabras encontraron también eco positivo en la prensa argentina y la Unión Soviética, de acuerdo con el acuerdo del año anterior, han dado comienzo en forma feliz. La Unión Soviética recibe de la Argentina, carne, cueros, cueros curtidos, aceite vegetal y manteca. Mientras tanto en los puertos argentinos se descarga gran cantidad de equipos industriales y de laminados procedentes de la Unión Soviética, rieles y hierro de diversos perfiles. En la Argentina han sido probados ya con pleno éxito algunos tipos de tractores soviéticos: representantes argentinos han informado muy favorablemente de la maquinaria soviética. Ya han llegado nuevos pedidos de tractores".

Conjugándose con estas declaraciones, una delegación oficial argentina, presidida por el señor Prapontnik, jefe de Relaciones Culturales de la cancillería argentina termina de regresar de Rusia. Otra delegación argentina, en este caso no oficial, se encuentra asimismo trabajando en la China continental para un acuerdo entre nuestro país y el de Mao Tse Tung. La agencia noticiosa Nueva China, en reciente información facilitada en Pekín transmitió una declaración conjunta, firmada por el Sr. Salvador Zaulie, jefe de la delegación de industriales argentinos y el Sr. Chi-Chao-ting, secretario general del Comité para el Intercambio Comercial Internacional, declaración en la que se manifiesta la buena marcha de las negociaciones, como así también que una delegación de China vendrá a la Argentina para ultimar los detalles de los acuerdos a firmarse. Una información suministrada por la "Internacional New Service" hizo saber que a fines de noviembre de este año Argentina había firmado un convenio económico con Alemania Oriental, consistente en la permuta de productos por veinte millones de dólares. Vendrá de la Alemania Oriental material eléctrico para radio y teléfonos e instrumentales quirúrgicos y recibirá en compensación por igual valor granos, carne y lana. Los acuer-

dos con Hungría, Rumanía, Checoslovaquia y Yugoslavia han aumentado en recientes renovaciones el margen inicial de sus operaciones y se estudia la posibilidad de hacer compras y ventas por parte de la Argentina en Bulgaria, país con el cual nos unen similares características agropecuarias y cuyos motores, maquinarias agrícolas y productos químicos nos son necesarios.

Esta vinculación comercial con los países socialistas constituye para nosotros un hecho positivo, especialmente porque ha hecho posible al país entablar relaciones económicas con todas las naciones del mundo sin discriminación. Y, además, como una de las más auténticas demostraciones de nuestra independencia nacional (8). No seríamos libres si en nuestras relaciones con otros países aceptáramos las trabas que otrora limitaban nuestra acción. No seríamos libres, ni ricos, pues dichas trabas no tenían otro objeto que el de sumirnos en condiciones económicas desventajosas, inferioridad que era aprovechada por el capitalismo imperialista para someternos aún más a toda clase de exacciones. Nuestra flota mercante, hoy una de las más importantes del mundo, ha sido factor primordial, causa y efecto al mismo tiempo, del desarrollo de nuestro comercio exterior. La falta de transporte propio fué muchas veces un factor aprovechado por el imperialismo para producir el estancamiento de nuestros productos. La política del actual gobierno argentino sigue inspirada en los postulados formulados por el primer magistrado de la Nación, en el sentido de que la paz mundial exige un comercio libre, sin trabas para su acción externa ni infiltraciones que alteren la paz interna.

Esta política, que no ha entorpecido en lo más mínimo nuestras viejas relaciones comerciales con los restantes países del mundo capitalista —Gran Bretaña, Francia, Italia, España y Estados Unidos primordialmente—, hace de 1954 —de máxima actividad comercial exterior argentina— un año significativo para la paz, ya que la Argentina aspira a la convivencia en un mundo pacífico que le permita desarrollarse y cumplir su destino.

(8) "El convenio con la U. R. S. S. consolida nuestra independencia nacional", dijo la Revista del Comercio Exterior Argentino, publicación oficial del Ministerio de Comercio Exterior, N° 3, agosto de 1952.

A JORGE LUIS BORGES Y BRANDAN CARAFFA

Esta carta inédita ha sido cedida por Horacio Jorge Beco, para su publicación en CAPRICORNIO.

Buenos Aires, agosto de 1925.

Mis queridos amigos:

Tengo motivos para suponer que esta carta los va a sorprender grandemente. Desde ya les pido que no rasguen Vds. sus ropas como los deudos del Antiguo Testamento, ni que "tiren contra el suelo" el gorro, exclamando en buen porteño: ¡Per la Madonna! Tampoco desearía que se entregaran a una desmedida alegría de jazz-band afro-americano, patealeando sobre mi resolución.

Ahí va el tiro:

Renuncio a Proa.

¡Si!

Renuncio a Proa, de proa a popa, con todo mi individuo puesto de acuerdo. Esto me ha venido desde hace un tiempo, tan irremediablemente, que hoy estoy lleno hasta la pluma, por la cual me desinflató hacia Vds. Me voy cuerpo y bienes con la música a nin; guna parte y no habrá quien me tape la boca para impedirme callar.

"El llanto, la alegría, son de hombre a hombre, no de hombre a desierto. ¡Y cuántas horas ante la tierra muda!", ha dicho Ricardo Güiraldes en uno de sus hermosos **Poemas Solitarios** y yo tomo por mía esta declaración porque siento que la hubiera podido escribir y porque cuadra a mi vuelta al silencio al cual ya estaba tan poco acostumbrado.

Yo no se si Vds. dudarán de mis malas intenciones, al mandarle esta renuncia, pero desearía no dudarán. Abrigo la secreta intención de que Proa se "vaya al bombo" con tanto denuedo como le sea posible, dado que sabe la salvación de todos sus tripulantes a quienes sobra la pequeña embarcación de su personalidad para proseguir navegando victoriosamente: "Mi barco es pequeño pero viaja en mi barco".

¿Quieren que les explique por qué entré en la dirección de Proa?

¿No?

Entonces les explico.

Hasta el año pasado he existido salvo inevitables amistades que quiero, completamente solo como escritor y estaba ya acostumbrado a esta soledad, vertiéndola en poemas, (¿recuerdan el caballo que murió cuando se estaba acostumbrando a no comer?) cuando Oliverio me habló de una juventud literaria.

¿Juventud en este país joven? Indignado, le dije que no fuera tan imbécil como para tomarme a mí por otro. Me tiró por la cabeza un libro que traía en la mano. Su *Fervor de Buenos Aires* Jorge Luis, me convenció de entrada.

Conocí el "frente único", las discusiones en el Richmond, los desplantes de unos, la modestia de otros, *Martín Fierro*, los epitafios que no invitan a morir porque morir era como retirarse imprudentemente de una reunión de solteronas.

Se iniciaba Sergio (Chicho), Raúl y Enrique González Tuñón tenían la cabeza llena de libros inéditos. Tallon ya prometía buenas por intermedio de su Garganta del Sapo. Evar evangelizaba a los jóvenes y les preparaba una "historia de los que todavía no son escritores"; Paco Luis llegaba de España muy castizamente, Oliverio gesticulaba miembros... irrumpían también los muchachos de Boedo apocalípticos, vomitadores de insultos gordos, de los cuales tal vez alguno surja fuertemente un día.

Los escritores jóvenes se daban el brazo y se felicitaban por sus ensayos, poemas o simplemente proyectos.

¿Posible? ¿Podrían existir escritores en este país, que no fueran cada uno un genio hirsuto y una anticipación de estatua?

No pensé más que en mi entusiasmo, y cuando inesperadamente el petiso Brandán me propuso la fundación de una revista, que todavía no se llamaba Proa, en compañía de él, Rojas Paz y Jorge Luis, respondí: **SI**, con un calderón en la S.

Después pensé:

En seguida me reproché el haberme metido en una revista de la cual ignoraba hasta el nombre. ¡Qué inconciencia! ¡A la edad en que todo el mundo aquí cuida las pequeñas inflaciones de su vientre y su posición! ¿Pero tenía yo una? Me consolé pensando que toda mamá —y a veces las hay mayores que yo—, hace lo mismo respecto al hijo, ignorando si será o no un sinvergüenza y no sabiendo aún si le pondrá Juan o Telémaco.

Pensé todo esto de golpe sin sacar de ello ninguna consecuencia. Los hechos no daban tiempo a dudas. En cuatro patadas (una por cabeza) largamos Proa a la calle, lo que tal vez fué equivocado, pues toda botadura tiene por destino el mar. Después hemos seguido tirándola a la calle: costumbre.

En la primer reunión sentí que debía decir algo inmortal y me ejecuté: "Entro —dije— en esta sociedad anónima que todavía no se llama, porque habiendo sufrido de la mala fe y del silencio de los calzados, quiero rehabilitarlos haciendo por los jóvenes cuanto me sea posible".

Ante esta noble declaración a Brandán, que es y seguirá siendo siempre muy chico, se le llenaron los ojos de lágrimas, a Jorge Luis se le empañaron los anteojos porque todavía es muy poeta, y a Pablo se le humedecieron las pupilas porque desde las selvas de Tucumán todavía es muy jugoso.

En verdad ese era todo mi programa sin contar algunas cartas sobre poetas franceses que ya tenía escritas y que deseaba colocar en cualquier parte.

Y bien, debo a la verdad del decir que éste se ha cumplido. En Proa han aparecido escritos que no tenían cabida en otra publicación. En Proa se ha hablado por primera vez en este país de algunos ases del pensamiento y la poesía del extranjero. En Proa se ha hecho literatura sin pretextos políticos. Eso era en el fondo lo que deseábamos como programa mínimo. Lo hemos llevado a cabo.

Pero sucede que ni bien una idea desemboca en la vida en forma de existencia constatable, la vida tiene imperio sobre ella y le señala imposibilidades y posibilidades entre las que tendrá que buscarse el camino.

Al poco tiempo de fundada Proa, vi la posibilidad de encaminarla hacia un programa más máximo.

Entramos en cordial relación con poetas de otros países americanos. "No existe el río; no existe la Cordillera, no existen las altiplanicies ni los límites de país a país". (Frases recogidas en el bolsillo de uno de esos señores que preparan conflictos y cobran sueldos de paz, con mucho oro en las casacas y que deberían llamarse diplomáticos —honní soit—. El río, la Cordillera y la altiplanicie seguían en buen estado de presencia a pesar de la frase. Lo único que varió fué la actitud de los poetas jóvenes que, creyéndose aún en el colegio, empezaron a tirar hacia el canasto de Proa pelotillas de papel apetonadas sobre un verso o un ensayo.

Hacíamos americanismo y pongo americanismo con minúscula para distinguirlo del grito Americanos Oficial que tan benemérita-mente se ocupa en juntar a todos los imbéciles de América.

Además de americanismo hicimos cenaculismo. Nuestra revista publicaba en todos los números una prosa de cada director. Afuera eso significaba que nos elegíamos a nosotros mismos de entre todas las colaboraciones. Adentro eso significaba que no recibiendo casi ninguna colaboración en prosa, nos obligábamos mutuamente a parturir sendos artículos. He aquí porque aparecíamos como un grupo de tendencia hermética, cuando sólo nos preocupábamos en hacer el más sarro de los ismos, y el único que por mi parte admito: buenismo, o mejorismo más bien, pues se trata en esta escuela, de hacer lo mejor posible.

Este aislamiento nuestro, resultó uno de los mejores chistes apuntados contra Proa. No sería mal para completarlo que acusáramos de misantropía a los presos que viven al margen de la sociedad y se encierran "lejos del mundanal ruido" en un hermetismo orgulloso de cerrojos, trancas y rejas.

Parece que nosotros no queríamos saber nada con nadie; nos trataban como sarnosos y nos acusan de querer ser príncipes.

Pero todo eso va a pasar muy pronto, ¿no es cierto? Nos esperamos con demasiada impaciencia desde las hojas blancas del cuaderno que con el trabajo irá siendo nuestra próxima obra. Allá cada cual con su destino (¡oh palabrota!), y tomen profesores quienes quieran desasnarse.

Y no insistamos. ¿Qué puede hacer Proa en Buenos Aires sino lastimarse contra los adoquines?

¡Adiós Buenos Aires que te quedas sin Proa!

De todos modos, si así no fuera, mi querido Jorge Luis y Brandán, insisto en mi categórica e imperativa renuncia.

Cuánto más amigos vamos a ser, cuando nos quitemos esta manea de co-directores.

Abrazo a la segunda potencia del que fué tercer potencia.

RICARDO GÜIRALDES

LA INTERVENCION ARMADA EN GUATEMALA

DECLARACION DE LA EMIGRACION GUATEMALTECA UNIFICADA

Con motivo de celebrarse en esta fecha el décimo aniversario de la Revolución popular de octubre de 1944, los emigrados democráticos de Guatemala declaramos a la opinión pública mundial y a nuestro pueblo, que razones de todos conocidas, como el prolongado asilo político a que nos vimos forzados en la Embajada de México en Guatemala nos impidieron expresar antes nuestra palabra sobre los acontecimientos de nuestro país, y especialmente la verdad sobre la caída del gobierno democrático y constitucional del Presidente Arbenz.

Guatemala vivió hasta 1944 bajo el imperio de gobiernos que, aliados unas veces y sometidos descaradamente otras a los monopolios extranjeros, mantuvieron al país en el mayor retraso económico, social y político: servidumbre en el campo, monocultivo, sujeción a las compañías extranjeras imperialistas, particularmente a la UFCO, la Bond and Share y la IRCA; ausencia total de garantías sociales; negación de la democracia política, existencia de un solo partido, el del gobierno, y en general ausencia de toda libertad pública. En lo internacional, Guatemala siempre formó parte del coro de los pueblos sometidos a la arbitraria voluntad de los círculos gobernantes de los Estados Unidos.

En una fecha como hoy, 20 de octubre de 1944, un poderoso movimiento nacional popular y democrático, abrió las puertas para que nuestra Patria iniciara su recuperación histórica. Es inocultable que los gobiernos de Arévalo y de Arbenz expresaron en 9 años la voluntad del pueblo guatemalteco y respondieron a sus necesidades y demandas. Con ellos se inició la diversificación de cultivos para salir de la monoproducción; se protegió la incipiente industria nacional; se elevó el ingreso nacional y el nivel de vida del pueblo; se inició una amplia obra camifeña para propiciar el desarrollo de nuevas zonas y sobre todo para ampliar el mercado interno del país; se emprendieron, por primera vez, obras públicas de envergadura orientadas a liberar a nuestro pueblo de la explotación de las compañías extranjeras: por ejemplo, la carretera al Atlántico y el muelle de Santo Tomás, que tendían a liberarnos de la United Fruit Company, y la Central Hidroeléctrica de Marinalá, que tendía a superar el monopolio de energía de la Bond and Share. La revolución organizó la banca para ponerla al servicio del desarrollo del país y de los más amplios sectores; y, como medida impostergable para impulsar la marcha de Guatemala, se realizó una Reforma Agraria que reivindicó la tierra para los campesinos y fué el camino justo para crear un mercado interno, base imprescindible del desarrollo industrial, la diversificación de la producción y la tecnificación de la agricultura. La Reforma Agraria se completó con la creación y funcionamiento de un Banco Agrario.

La Revolución de Guatemala, empero, no consistió exclusivamente en

una serie de cambios en materia económica. Promulgó leyes que, como el Código de Trabajo, garantizaron la libre organización de las clases trabajadoras; la ley de Seguridad Social que cubría los riesgos y accidentes de los trabajadores y asistía la maternidad obrera; se modificaron los planes y programas educativos y, por primera vez en nuestra historia, la educación y la alfabetización merecieron un cuidado especial de parte del Gobierno.

La expresión política de esa Guatemala fué, en lo interno la democracia; una democracia tan amplia que admitía la existencia de organizaciones de las más disímiles ideológicas: desde el partido Unificación Anticomunista, hasta el Partido Guatemalteco del Trabajo (comunista); las libertades liberales se practicaron como pocas veces se han practicado en la América Latina, al extremo de que voceros periodísticos de la renación guatemalteca así lo reconocieron en los eventos internacionales de la Sociedad Interamericana de Prensa. Y desde el punto de vista de la convivencia internacional, la Guatemala democrática de Arévalo y Arbenz mantuvo siempre su independencia de criterio; defendió la paz y la amistad entre las naciones; apoyó, en cuantas conferencias y reuniones participó, la autodeterminación de los pueblos; se opuso al envío de tropas a Corea y rehusó tener relaciones con los regímenes de fuerza de Francisco Franco y Rafael Leónidas Trujillo.

Tales fueron las características más salientes del régimen revolucionario derrocado en junio de este año.

Este fué el régimen que durante nueve años de su vida democrática e institucional vivió sujeto a la permanente conspiración del imperialismo norteamericano. Los treinta complotos urdidos para derrocar a Arévalo, tuvieron siempre el aliento y el respaldo de la embajada yanqui o cuando menos la de los personeros de la United Fruit Company. Por eso, el ex-presidente Arévalo se vió obligado a declarar non-grato al Embajador Patterson. Varios métodos usaron los imperialistas para luchar contra la democracia guatemalteca: ya el golpe de Estado usando como instrumento al entonces Jefe de las Fuerzas Armadas Coronel Francisco Javier Arana; ya el consabido camino de utilizar uno de los "abogados" de sus empresas para que financiara un golpe de mano, como en noviembre de 1950; ya procedimientos más diplomáticos como los seguidos por el Embajador Schoenfeld. Pero cuando el gobierno monopolista de Norteamérica decidió dar el golpe definitivo a la democracia de nuestro país, llamó para que lo representara a Peurifoy, experto en métodos de fuerza, de sabotaje, de corrupción y de traición que había ensayado en carne del pueblo griego. La conspiración contra Guatemala se proyectó entonces y la Conferencia de Caracas fué el paso siguiente. Fracasada esta maniobra, la Embajada norteamericana se lanzó a preparar el golpe interno con la complicidad de Anastasio Somoza, Juan Manuel Gálvez y Rafael Leónidas Trujillo, gobernantes de Nicaragua, Honduras y Santo Domingo, respectivamente.

Los meses de mayo y junio del presente año son especialmente dramáticos para los guatemaltecos y para todos los pueblos de América. La llegada de un cargamento de armas para el ejército nacional (que no pudo obtenerse en mercados americanos sino en europeos), fué el pretexto para desatar violentamente la trama de la conspiración denunciada desde ene-

ro por el gobierno de Arbenz; Nicaragua retiró a su Embajador; los mercenarios que operaban en territorio hondureño al servicio de la United Fruit Company, iniciaron su campaña de guerra psicológica por medio de una radio clandestina; los grupos militares reaccionarios se compactaron con los terratenientes feudales en el interior; el gobierno descubrió nuevos hilos del complot donde aparecieron comprometidos "técnicos" norteamericanos, y luego aviones yanquis cuyas bases de operaciones estaban en Honduras y Nicaragua, tripulados por pilotos de la misma nacionalidad, volaron sobre territorio nacional, ametrallando y bombardeando al pueblo, lanzaron paracaídas sabotadores y dejaron caer armas y municiones en la esperanza de que el pueblo se alzara contra su gobierno; pero el pueblo respaldó al gobierno. Al mismo tiempo, se inició la invasión por tierra.

Una década de conspiraciones del Departamento de Estado contra un pueblo que luchaba por su libertad, alcanzaba así la trágica culminación. El 17 de junio se inició la invasión. Los mercenarios incursionaron en la población de Morales y asesinaron a presidentes de los Comités Agrarios, y a los ex-dirigentes del Sindicato de la United Fruit Company.

El ejército nacional se movilizó en campaña hacia Zacapa, pero después de los combates de Gualán y de las refriegas de Chiquimula, donde los mercenarios fueron derrotados, comenzó a perfilarse la traición de las camarillas militares reaccionarias de un gran sector del ejército. En adelante, sólo los elementos civiles resistieron con desesperación hasta el final, sin armas adecuadas.

En estas condiciones cuando el frente interno era sólido y la opinión internacional se manifestaba abrumadoramente en favor de la causa de la democracia guatemalteca con un poderoso movimiento de solidaridad, se consumó la traición militar incubada en el Estado Mayor del Ejército y en el Ministerio de la Defensa Nacional.

Los jefes y oficiales en el frente se negaron a combatir —los soldados y clases actuaron patrióticamente—; el Estado Mayor del Ejército transmitió los planes del ejército nacional y sus consignas a la Embajada yanqui, la que, a su vez, informaba y orientaba a los mercenarios de Castillo Armas; en Puerto Barrios, las tropas fueron acuarteladas y se dejó indefenso al pueblo que, no obstante, rechazó a los piratas. La situación llegó al extremo de ocultar y mistificar las informaciones y planes militares al propio Presidente de la República y al Jefe de las Fuerzas Armadas, al paso que se producían deserciones de oficiales en el ejército regular en campaña y que su propio jefe Coronel Víctor León, llegaba a un "arreglo" con Castillo Armas, a espaldas del Presidente de la República y del Jefe de las Fuerzas Armadas.

Al comprobarse la traición de las camarillas reaccionarias del ejército, el gobierno constitucional tomó dos medidas: reforzar las fuerzas en campaña y armar al pueblo. Tales medidas, sin embargo, resultaron ineficaces, a pesar de que el pueblo estaba organizado para la lucha y dispuesto a todo sacrificio para defender su libertad, sus conquistas y su territorio. La traición en el frente estaba consumada y las camarillas militares reaccionarias que permanecían en la capital y controlaban la situación militar, se negaron a obedecer la orden de armar al pueblo.

El Embajador Peurifoy, entre tanto, había organizado pláticas con los

líderes de las camarillas militares urgiéndolos a que consumaran su traición entre los días 25 y 27 de junio. En esta conspiración estuvieron comprometidos tres miembros del gabinete, los coroneles Carlos Aldana Sandoval, José Angel Sánchez y Elfigo H. Monzón. El Presidente Arbenz ante la traición militar dirigida por el Embajador Peurifoy, se vió precisado a anunciar a cambio de la promesa formal del ejército de que desalojaría a los invasores y se mantendrían, en lo esencial, las conquistas del pueblo de Guatemala. Es necesario decir que las organizaciones políticas no fueron consultadas sobre esta determinación. El presidente Arbenz, obligado a tomar tal medida no halló la oportunidad ni tiempo de hacerlo. Depositó el mando en el coronel Carlos Enrique Díaz, jefe de las Fuerzas Armadas y militar leal, como último recurso para no someterse a la exigencia del Embajador norteamericano de entregar la Presidencia a los grupos reaccionarios del Ejército. Arbenz pidió a las organizaciones populares que respaldaran al nuevo gobierno, que prometía mantener la mayor parte de las conquistas democráticas. La precipitación de los hechos y la intervención de Peurifoy (quien coaccionó al coronel Díaz para que entregara el mando al traidor coronel Elfigo H. Monzón), impidieron el ejercicio de la presidencia por parte de Díaz. El 28, al mediodía, un nuevo bombardeo aéreo yanqui se produjo sobre Guatemala para forzar los cambios que exigía su Embajador. Así, se integró una nueva Junta Militar encabezada por el coronel Elfigo Monzón, quien, cumpliendo instrucciones del Embajador norteamericano, llegó al vergenzoso arreglo llamado Pacto de San Salvador, pacto que abrió el camino para que los servidores de la United Fruit Co. ocuparan Guatemala y desataran la más terrible persecución política que haya conocido nuestro pueblo.

No es posible silenciar la valiente actitud del pueblo de Guatemala, y menos callar los detalles del proceso revolucionario que vivía y de la forma cómo se le ha sometido a la esclavitud política y económica. En un documento posterior daremos, a la opinión pública internacional, una ampliación completa de la presente declaración. Ahora sólo diremos que los campesinos, los obreros, los profesionales, los estudiantes y todos los democratas tenían una sola voluntad: salvar su libertad o morir defendiéndola. El gobierno de Arbenz no fué depuesto por el llamado "Ejército de Liberación", sino por la intervención del imperialismo norteamericano y la traición de las camarillas reaccionarias del Estado Mayor del Ejército y del Ministerio de la Defensa Nacional.

Diez años después de la Revolución de Octubre, nuestro pueblo vive una noche que se creyó cancelada. ¿Qué pasa ahora en Guatemala? ¿Qué gobierno impera en nuestra patria? ¿Cuáles son las características del régimen que se impuso a Guatemala desde el veintiocho de junio? Basta decir que, en lo económico, todas las medidas tomadas por Castillo Armas beneficiaron exclusivamente a tres sectores: a los cafetaleros y terratenientes feudales, a los grandes importadores, y al capital financiero monopolista; que se anuncia el saqueo de nuestro petróleo; que han sido detenidas las obras destinadas a impedir la explotación de los guatemaltecos por los monopolios norteamericanos, tales como la carretera al Atlántico, el Muelle de Santo Tomás, y la Hidroeléctrica de Marinalá. La Reforma Agraria ha sido prácticamente liquidada; los campesinos despojados de sus tierras y de sus cosechas; devueltos a la United Fruit Company los latifundios

que se le habían expropiado, y se pretende devolver a los alemanes fascistas las fincas nacionalizadas que les pertenecieron y que la revolución parceló para darlas a los campesinos. Guatemala vive, por primera vez, una desocupación que alcanza más de los treinta mil parados, como consecuencia de los despidos en masa de los trabajadores y de la contracción de los negocios. La deflación más angustiosa abruma la vida de los guatemaltecos. De hecho han sido abolidos el Código de Trabajo y todas las garantías sociales; se han restringido los servicios y beneficios de la Seguridad Social, y las libertades liberales han desaparecido. El movimiento para destruir la escuela laica y democrática ha logrado la revisión de los planes y programas educativos; al mismo tiempo se persigue y cesa a los maestros y a los empleados públicos, por millares.

Políticamente, la supresión de la Constitución de 1945 y la creación de Tribunales políticos para juzgar y penar figuras delictivas antojadizas, perfilan el panorama oscuro de Guatemala. La monstruosidad llega al extremo de haber suprimido por decreto los recursos de Amparo y de Habeas Corpus y de dar retroactividad a las disposiciones penales creadas con el único fin de servir a la venganza. Los partidos políticos democráticos y las organizaciones sociales han sido ilegalizados por decreto, mientras las escuelas de ballet y danza y otras manifestaciones de la cultura se clausuraron por "comunistas".

La Guatemala del traidor Castillo Armas, de la United Fruit Company y del Departamento de Estado, informa oficialmente tener 12,000 presos en las cárceles del país y campos de concentración de Tiquisate, Chiquimula, Peten y otros lugares, donde se han masacrado dirigentes campesinos, líderes obreros y patriotas. Varios miles de guatemaltecos han sido asesinados por el llamado "ejército de liberación", sin que para aquellos mártires haya lugar en los cables de las agencias norteamericanas ni en los grandes diarios.

Por fin, en cuanto a la situación política interna se refiere, se consumó una farsa electoral tan cínica que hasta el New York Times se ha visto obligado a denunciar.

Este es el régimen policíaco impuesto a Guatemala por luchar por su libertad. Los guatemaltecos saben ahora lo que es un régimen fascizante que liquida todas las libertades democráticas, incluso la libertad religiosa.

A diferencia de la conducta internacional mantenida gallardamente por la Revolución, el actual régimen de Guatemala se ha plegado sin condiciones a la política imperialista, ha reconocido a Franco y a Trujillo y ha puesto en evidencia el irrespeto a los compromisos internacionales aún en las más simples normas de trato con las misiones extranjeras. Guatemala, también, habrá de contarse muy pronto entre los países vasallos, ligados por un pacto de asistencia militar con los círculos belicistas de los Estados Unidos, que permitirá el asentamiento de tropas norteamericanas en nuestro suelo, al sur de México.

He aquí, en unas cuantas líneas, el pasado y presente de Guatemala en los últimos diez años. Pero para ocultar la verdad y desviar la atención de los pueblos, deformando la opinión internacional, los propagandistas de Washington y el gobierno títere de Castillo Armas han puesto en circulación las más variadas calumnias y las más villanas mentiras. El lla-

mado "terror rojo" del movimiento revolucionario guatemalteco es la más grotesca de tales calumnias. En Guatemala jamás existió ningún terror, ni durante el gobierno del doctor Arévalo, ni durante la época de Arbenz, ni siquiera cuando se restringieron las garantías en junio de este año, como medida de legítima seguridad para defender la soberanía nacional y a las libertades democráticas amenazadas por la invasión armada y la intervención extranjera. El llamado "terror rojo" es una cortina de humo levantada para ocultar el hecho de que en nuestro país hubo una intervención descarada de los círculos oficiales norteamericanos para colonizar a Guatemala. Es un intento de hacer olvidar la más amplia democracia que vivió nuestro país, como nunca quizá en ninguna época ha vivido otro de la América Latina.

Si la persecución instigada por Washington y encarnizadamente perseguida por el gobierno lacayo de Castillo Armas, se ensaña con los jefes de las Guardias Civil y Judicial, Cruz Wer y Rosenberg, ello se debe a que a estos ex-funcionarios, leales y consecuentes con el gobierno legítimo de Guatemala, les atribuyeron el descubrimiento de la conspiración imperialista contra nuestro país, y a que las medidas de aquellas instituciones impidieron el alzamiento interno de la reacción conspiradora contra el gobierno del ex-presidente Arbenz.

La propaganda de los agentes yanquis y del gobierno de "facto" de Castillo Armas, ha inventado crímenes que no se cometieron, ha denunciado torturas que no existieron y ha aderezado fotografías de cadáveres anónimos, que realmente corresponden a las víctimas causadas por el llamado ejército de liberación. Los cadáveres que el gobierno de Castillo Armas así identifica y presenta como víctimas son de corsarios que asalaron por la fuerza la municipalidad de Chicaco, y de paracaidistas dinamiteros y saboteadores que trataron de volar depósitos de gasolina y plantas eléctricas, o que volaron puentes y vías férreas y que, a más de ello, asesinaron a dirigentes obreros y campesinos no combatientes. Esos invasores y traidores murieron en acciones de guerra, legítimamente, como ocurre en cualquier conflicto armado, como el que desataron los norteamericanos contra nuestra patria con soldados criollos reclutados en la América Central.

Otra de las fórmulas para enmascarar la verdadera situación de Guatemala es la de pregonar que los regímenes democráticos "saquearon el tesoro" y condujeron a la ruina al país. Nada de esto es verdad.

Las sumas de dinero confidenciales, asignadas legalmente en el Presupuesto de Gastos de la Nación, estaban contenidas en partidas que sirvieron a los fines oficiales a que estaban destinadas. Esas cantidades no fueron a enriquecer a ningún funcionario público; pero si el caso hubiera existido, toda la ciudadanía tenía abierta la oportunidad para denunciarlo libremente ante las autoridades correspondientes, las que sin duda habrían procedido con toda energía.

Los bienes congelados y confiscados a los ex-funcionarios, fueron adquiridos legítimamente en negocios usuales de un régimen capitalista y en el uso de normas generalmente aceptadas por las prácticas comerciales y de producción de naturaleza normal, en aquel régimen.

Por el contrario, el gobierno del ex-presidente Arbenz reforzó las

finanzas fiscales, depuró la deuda interna y durante el último año registró el más alto ingreso fiscal de toda la historia de nuestro país. Si, como se afirma, el Tesoro Nacional fué saqueado, no se habría pagado hasta el último día los sueldos de junio de los empleados públicos de todos los Ministerios, ni se habría extinguido la deuda externa al mismo tiempo que se financiaban grandes obras nacionales con los recursos públicos nacionales.

En cuanto a que se dejó en la ruina económica al país, los hechos objetivos demuestran que la Renta Nacional aumentó desproporcionadamente año con año; que los salarios subieron y que el ingreso per cápita creció de tal manera que la ampliación del mercado interno ofrecía una gran perspectiva a la industria nacional. Las divisas aumentaron en concepto de nuevos renglones de exportación, como los del algodón, minerales, maderas y otros productos. Guatemala era un país en desarrollo capitalista.

La tercera calumnia, pero la primera en importancia, en nombre de la cual nuestra Patria ha perdido su independencia y nuestro pueblos las libertades democráticas, es la de que el gobierno de Arbenz era comunista. Nada más falso e ilógico. Ni el gobierno, ni los principales y numerosísimos funcionarios y empleados públicos, ni el programa de Arbenz eran comunistas. El programa de Arbenz era uno de reformas modestas, trascendentales para Guatemala, pero quizá insignificantes para un país más avanzado. Ese programa propiciaba solamente el desarrollo de una sociedad democrática capitalista. En cuanto a los funcionarios del Gabinete de Ministros, por ejemplo, basta simplemente recordar que Elfecho H. Monzón, el escogido por la Embajada norteamericana para aplicar la política "anticomunista" que Washington necesitaba en nuestro país a la caída de Jacobo Arbenz, formó parte de ese gabinete y refrendó con su firma los principales actos de gobierno. También formaron parte de ese gabinete los Ministros Fanjul y Brol, quienes, uno como industrial y otro como rico terrateniente, apoyaron consecuentemente el régimen que aseguraba el desarrollo de la industria y de la agricultura.

El hecho de que uno de los cuatro partidos políticos que apoyaron al gobierno de Arbenz fuera el Partido Guatemalteco del Trabajo, de ideología comunista, sin que tuviera representación en el Consejo de Ministros, no era ni un fenómeno nuevo en la América Latina, ni podía caracterizar al régimen guatemalteco como "comunista". Ello, que sólo el pretexto esgrimido por los círculos imperialistas de Norteamérica para consumir, en su plan de colonización mundial, el cambio de nuestro régimen.

Esta es la verdad de los hechos, deformados hoy por el imperialismo para ocultar sus incontables crímenes, sus saqueos, la persecución de hombres, mujeres y niños, la inseguridad y la persecución desatadas contra un pueblo que no cometió más delito que creer que era independiente y que podía vivir con el gobierno democrático que eligió. Ahora, Guatemala ya no es independiente, ha sido entregada con desverguenza a los intereses monopolistas extranjeros y sometida a la política del gobierno de Washington.

Frente a esta situación y en homenaje al décimo aniversario de la Gloriosa Revolución de Octubre de 1944, declaramos con la más alta responsabilidad histórica, que la emigración guatemalteca unificada en Mé-

xico, no reconoce legitimidad a ninguno de los actos que haya realizado o realice el gobierno usurpador y entreguista de Castillo Armas, y que, por consiguiente, estimamos sin ninguna validez jurídica para el futuro las situaciones que se creen con la firma de contratos, convenios o concesiones de naturaleza económica, política o militar.

Hacemos pública nuestra decisión de luchar sin descanso por que la libertad y la democracia vuelvan a nuestra Patria.

Llamamos fraternalmente a todos los hombres libres, para que presen-ten su solidaridad al pueblo de Guatemala, que está de pie adentro del país con sus banderas escondidas.

Saludamos al pueblo de Guatemala y a todos los patriotas, a los encarcelados y a los perseguidos, a los desterrados en otros países del continente y a la opinión pública mundial, principalmente a la de México y demás países de América Latina.

FOR LA EMIGRACION GUATEMALTECA UNIFICADA

- Representación del Partido Acción Revolucionaria.
- Representación del Partido de la Revolución Guatemalteca.
- Representación del Partido Renovación Nacional.
- Representación del Partido Guatemalteco del Trabajo.
- Representación de la Confederación General de Trabajadores de Guatemala.
- Representación de la Confederación Nacional Campesina.

México, D. F., 20 de octubre de 1954.

CARTA AMERICANA SOBRE AMIGOS HABANEROS

I

DARDO CUNEO

A un paso de la Catedral, sobre la plaza que midió los pasos de los fundadores —plaza con aire íntimo y antiguo de patio— está el palacio municipal tan perfectamente sombreado por una pátina de perseverante historia sobre la piedra sosegada. En el palacio, está la oficina del historiador oficial de la ciudad. No hay sorpresa. Ya sabemos de él. Sus generosos envíos nos han sabido siempre a mano tendida que busca fraternidades para luego cerrarse en puño de pelea. ¿Contra quién? Emilio Roig de Leuchsenring conoce bien a los enemigos de estas patrias y, como historiador, se ha dado a la misión de rectificar apariencias para que la historia sea un Altado de nuestra verdad. Desde la labor crudita se ha desplazado al folleto pregonero. Y en estos folletos de tipografía

militante aparece, en línea de fuego, el anti-imperialista pleno: **El internacionalismo anti-imperialista en la obra político-revolucionaria de José Martí, Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos, Weyler en Cuba...** y escruta **El pensamiento político de Martí** para presentarlo como coordinada profunda y como método de vigor actual. Y regresa al libro para sustentar con enérgicas reservas la esgrima del folleto, escribiendo **Cuba y los Estados Unidos, 1805-1898**. Tema: Estados Unidos codicia a Cuba a lo largo de todo el siglo XIX.

Desde trinchera de piedra, Emilio Roig proseguirá lanzando sus cuartillas guerrilleras, como brigadas de choque.

II

Cruzamos la plaza. El patio sabe, ahora, a ruedo y el atrio de la Catedral a tablado: esta noche —las piedras de la plaza recordarán a los otros lejanos— el poeta del Uruguay, Sabat Erceasty, leerá con voz whitmaniana su canto al hombre Martí.

Media cuadra por Empedrado, a través de una malla de tráfico ligero y de ruido habanero: **La bodeguita del medio**. La bodeguita —como corresponde— tiene su trastienda para iniciados. Sobre el muro, la definitiva incitación que escribió Guillen, el primero de los iniciados:

La Bodeguita del Medio
es este sitio que ves;
ponte un trago, amigo, pues,
que el trago aquí es un remedio.
Pero si aduces que estás
de cuerpo y alma muy bien,
¡pues ponte el trago también,
que así no te enfermarás!

Entre tragos preventivos, escuchamos a Enrique Labrador Ruiz, caudaloso de cubanismo y Oficiante Mayor de **La Bodeguita**. Es íntegramente cubano ese reidero escéptico que resulta, en la mayoría de los casos, no ser otra cosa que fe fatigada. El escéptico apunta a sarcasmo. Y no deja de ser quejosa herida.

—Ameriquita...

América estafada, América burlada es "Ameriquita". Es la aventura, no, aventurita, sí, de los pobrecitos burladores de uno y otro lado que han fatigado a la fe. La charla es muestrario de **choteo** militante. Cada ejemplo es rubricado con este común denominador que no disculpa:

—Ameriquita...

Detrás de la sentencia escéptica, qué ganas de creer.

En la última página de su más reciente libro de cuentos, Labrador Ruiz ha recogido estos viejos versos:

El viento que corre
muda la veleta
mas no la torre.

La torre es el apremio y la posibilidad de la fe.

III

Desde hace cincuenta años, este goetheano don Fernando Ortiz cumple la aventura de averiguarle a Cuba todas sus raíces para presentarla —y aquí ya el profeta— hacia tiempos por venir con la conciencia de sus propios conflictos y energías. De averiguarla, de exigirle explicaciones, de hacerse paso a través de todas sus pistas —el negro, el tabaco, el azúcar—, don Fernando Ortiz ha recreado a Cuba y cuando la presenta se nos antoja que lo hace —sin que él lo delibere— como a una realidad que sus manos jornaleras han hecho posible. Cuba es —en mucho— hija de don Fernando Ortiz. Pertenece él a esa categoría de grandes jornaleros —Sarmiento, Unamuno—, para la cual podría habilitarse esta nomenclatura apropiada: padres de patrias. Y ese ejercicio de recreador lo sabe a don Fernando Ortiz limpio de toda fatiga, recreador sin pausa, por la sencilla razón de que la imagen cubana que él nos presenta no surge desde planos definitivamente integrados en el rigor de los esquemas, sino que es placa sensible y en integración constante, sin rastro de inhibiciones, caudalosa, enérgica y recreadora a su vez.

Esta labor, de intensa que es, promueve en don Fernando renovadas mocedades. Porque si don Fernando es una inquietadora exposición de culturas es, al mismo tiempo, un espectáculo de extraña y poderosa vitalidad. Una vitalidad polémica. Una polémica juvenil. Manuel Pedro González ha escrito (en *Estudios sobre literaturas hispanoamericanas*): "su inmarchitable juventud espiritual que le predispone a sentirse más identificado con —y a más a gusto entre— los que podrían ser sus nietos que con sus coetáneos..." Y es quien así opina —este sereno Manuel Pedro González que ha recapturado la bondad como el más inteligente ejercicio para el hombre— quien nos abre las puertas de la amistad de don Fernando.

Quien se acerque a don Fernando Ortiz con su fe lesionada, con su fe empañada acerca —por ejemplo— del destino del hombre, rehará su fe oyéndole hablar con su voz de júbilo sabiduría, con sus brazos, con su cuerpo, con todo lo que habitualmente habla.

Anderson Imbert advierte, frente a él, que le está haciendo señas el recuerdo de su viejo maestro, Alejandro Korn.

Tema: ese dilema en que quieren encerrar al mundo. Reconocimiento: fuera del dilema queda la Inglaterra del laborismo, queda India, queda América Latina —sus pueblos—, queda mucho de Oriente (hoy un poco más que entonces), mucho de Occidente, para rescatar al hombre de un dilema falso y forjar una nueva civilización.

Don Fernando aprueba:

—Ese será el camino del mundo si hay un camino para el mundo.

GRAHAM GREENE Y EL ARZOBISPO DE PARIS

CARTA A SU EMINENCIA EL CARDENAL-ARZOBISPO DE PARIS¹

Eminencia:

Los que querían a Colette y a sus obras se han unido hoy para honrarla en una ceremonia que ha debido parecerles a los católicos extrañamente trunca. Estamos acostumbrados a rogar por nuestros muertos. En nuestra fe, los muertos no se abandonan nunca. Toda persona católica tiene el derecho de que la acompañe un sacerdote hasta su tumba. Este derecho, no podemos perderlo —como se pierde la ciudadanía de una patria temporal— por crimen o por delito, por el hecho de que ningún ser humano es capaz de juzgar a otro, ni de decidir dónde comienzan sus faltas y terminan sus méritos.

Pero hoy, por vuestra decisión, ningún sacerdote ha ofrecido oraciones públicas en las exequias de Colette. Vuestras razones son conocidas por todos. Pero, ¿habríaislas invocado si Colette hubiera sido menos ilustre? Olvidaos del gran escritor y recordad a una anciana señora de ochenta años que, cuando Vuestra Eminencia no había sido ordenado todavía, hizo un casamiento infeliz, y no por culpa suya (a menos de que la inocencia sea una culpa) y más tarde infringió la ley de la Iglesia con un segundo y tercer matrimonio civil. ¿Tan imperdonables son los matrimonios civiles? La vida de algunos de nuestros santos nos ofrece ejemplos peores. Ciertamente, se han arrepentido. Pero arrepentirse significa volver a pensar su vida, y nadie puede decir lo que sucede en los espíritus acostumbrados a la lucidez cuando se enfrentan con el hecho inminente de la muerte. Habéis condenado sobre evidencias insufi-

(1) "Le Figaro Littéraire", Nº 434, París, 14 de agosto de 1954.

cientes, pues no os hallábais a su lado, como ninguno de vuestros acólitos.

Vuestra Eminencia ha dado, sin querer, la impresión de que la Iglesia perseguía a la culpa más allá del lecho de muerte. ¿Con qué intención Vuestra Eminencia ha dado este ejemplo? ¿Es para advertir a vuestros fieles del peligro de tratar con ligereza la ley del matrimonio? Con toda seguridad, más habría valido advertirles del peligro de condenar al prójimo con demasiada facilidad y preservarlos de la falta de caridad. Las autoridades religiosas recuerdan con frecuencia a los escritores su responsabilidad respecto a las almas simples y los riesgos de escándalo. Pero existe también otro riesgo, que es el de escandalizar a los espíritus prevenidos. ¿No ha considerado Vuestra Eminencia que su decisión podía causar un escándalo de esta naturaleza? A los no-católicos les podrá parecer que la misma Iglesia carece de caridad; parecerá que puede negar sus oraciones en el momento en que más se necesitan. ¡Cuán distintamente fué tratado Gide, una vez muerto, por la Iglesia protestante! (Vuestra Eminencia perdonará el calor de estas expresiones recordando que un escritor cuyos libros amamos, se convierte en un ser querido. No es éste un caso abstracto sacado de una recopilación de teología moral, para uso de los seminaristas).

Por supuesto, reflexionando, los católicos podrán considerar que la voz de un arzobispo no es necesariamente la voz de la Iglesia; pero muchos católicos, no sólo en Francia, sino también en Inglaterra y América, donde las obras de Colette eran leídas y queridas, sentirán como una herida el hecho de que Vuestra Eminencia, por una estricta interpretación de la regla, parece negar la esperanza de esa intervención final de la gracia, de la cual seguramente, tanto Vuestra Eminencia como todos nosotros, dependemos en nuestra última hora.

Con mi humilde respeto por la Púrpura Sagrada.

París, 7 de agosto de 1954.

Graham Greene.

RESPUESTA DE SU EMINENCIA EL CARDENAL-AZOBISPO DE PARÍS *

Señor Graham Greene.

Señor:

En el último número del *Figaro Littéraire*, me ha dirigido usted una carta abierta "a propósito de las exequias de Colette". No es mi intención entablar una polémica, pero tengo el deber de contestarle con algunas observaciones.

Se olvida usted de que la Iglesia católica, apostólica y romana es una sociedad que, en cuanto tal, tiene sus leyes, y parece usted ignorar particularmente la que se refiere a las exequias religiosas. Antes de discutirla, bueno será conocerla:

1º — Un bautizado puede tener derecho a exequias religiosas, a condición de que por su actitud no haya renunciado a esa sociedad de la cual su bautismo lo había hecho miembro. Cuando la ha abandonado libremente y voluntariamente, la Iglesia no desea imponerle sus ritos; la lealtad se opone a ello;

2º — ¡Es cierto que otros, en circunstancias análogas, fueron algunas veces enterrados religiosamente! Pero, o bien habían dado antes de su muerte señales de arrepentimiento, o bien la propia Iglesia había sido inducida a error respecto a su situación real. No así en este caso;

3º — Si algunos se han escandalizado por esta decisión, no son los "espíritus prevenidos". Estos lo hubieran sido por exequias religiosas. Prueba de ello son los múltiples testimonios que recibí de resultados de su artículo;

4º — La negación de las oraciones públicas no prohíbe de ninguna manera las oraciones privadas para un difunto. La misma caridad que usted invoca invita incluso a acordársela a fin de que una gracia de perdón le sea dada por el Dios misericordioso, que es el único, usted mismo lo reconoce, que puede "decidir donde comienza la culpa y donde terminan los méritos".

Junto con estas observaciones, me impongo el deber de expresarle mi consideración distinguida.

(Firmado): Maurice, Cardenal Feltin,

Arzobispo de París.

H. A. MURENA — "El pecado original de América". Ed. Sur, 1954.

por Fermín Chávez

Una falla esencial generalizada roe los mejores productos del ensayismo argentino de este siglo cuando de interpretar lo americano se trata; y esa falla esencial se concreta (salvando contadas excepciones) en bellas expresiones de pseudo-cultura.

La falla de que hablo presenta un doble rostro: un rostro ceñido que ignora al país y a su historia, y un rostro esplendoroso, azorado y satisfecho frente a la cultura extranjera.

Si hubiéramos de estudiar las raíces de ese mal, aparentemente ingénito, y seguir los frutos nefastos que su proceso ya secular nos ha venido brindando, el pensamiento nos llevaría demasiado lejos. Pero resulta imprescindible dejar sentado, de todas maneras, que las enfermedades de la cultura argentina contemporánea encuentran su morbo original en los trabajos de aquella generación afrancesada que se llamó "del 37", y cuya total carencia de fe en lo nacional y en la juventud esencial de nuestro pueblo, hizo que las clases ilustradas desovaran en contra de lo americano en los precisos momentos en que había que incubár en favor de la América naciente.

El esquema de civilización y barbarie, sentado para la cultura argentina por 1845, ha de convertirse muy pronto en el canon que guía y modela toda tarea cultural y todo intento de escribir sobre lo argentino con fundamentos sociológicos.

Lo malo del caso es no la parte que les toca a los Martínez Estrada, a los Borges, a los Canal Feijóo, a los Erro, sino aquello que afecta directamente a las generaciones más jóvenes, pues la aceptación de ese esquema post-sarmientino vendría a prorrogar indefinidamente un problema ficticio, un puro invento. Lo malo del caso es lo que toca, digamos a H. A. Murena, autor de "El Pecado Original de América", libro de un joven poeta que se confiesa discípulo de Martínez Estrada y que trata de superar los planteos del maestro, pero partiendo desde la misma plataforma ideológica de su padre espiritual; y tal hazaña no es posible dentro del cuadro de nuestras posibilidades humanas. (Digamos que algo parecido le sucedió, en un plano superior y más serio, a Max Scheler cuando quiso salir de Kant procediendo desde principios kantianos...).

En la medula de la cultura argentina está royendo aún el problema sociológico formulado en el "Facundo" y por la "gene-

ración del 37". Y si se quiere llegar a una comprensión de lo argentino (y de lo americano), se debe comenzar por superar la falsa disyuntiva que vino a imponernos un concepto parcial y hueco de civilización. Ya Juan Bautista Alberdi, refutando con muy buena dialéctica al preclaro sanjuanino, señaló que la "barbarie ilustrada" es mil veces peor que las formas de vida primitiva y que la civilización no consiste en el frac ni en la montura inglesa, pues ya un río y un caballo bien domado y montado son formas civilizadas. Sed de hoc satís.

Para Murena América se encuentra en estado pecaminoso. Grava nuestro ser un segundo pecado original. ¿Y cuál es ese pecado congénito? El discípulo de Martínez Estrada contesta con estas frases: "somos los parias del mundo, como la hez de la tierra, somos los más miserables entre los miserables, somos unos desposeídos. Somos unos desposeídos porque lo hemos dejado todo cuando nos vinimos de Europa ó de Asia, y lo dejamos todo porque dejamos la historia. Fuera de la historia, en este nuevo mundo, nos sentimos solos, abandonados, sentimos el temblor del desamparo fundamental, nos sentimos desposeídos". Si Murena fijara siquiera un minuto su atención a la historia de la cultura hu-

mana, advertiría que el problema que él se plantea es radicalmente falso, pues nuestros pueblos, esencialmente jóvenes frente a las culturas milenarias, se hallan en análogas condiciones que toda nación joven con relación a sociedades más viejas. Ningún pueblo nace siendo padre de civilizaciones; antes de ser padre o madre, se debe ser simplemente hijo. El conflicto surge precisamente cuando las clases ilustradas responsables, por carencia de fe en sus pueblos y por un complejo de inferioridad invencible, se vuelven contra lo auténticamente nacional. O los vence el orgullo de querer ser madre antes de edad. No creo que los americanos tengamos que sentirnos desposeídos, sino todo lo contrario. ¿Puede hablarse de desamparo fundamental en un continente culturalmente virgen? ¿Puede hablarse que hemos dejado la historia cuando en realidad estamos por comenzar la historia?

Pero la fórmula de civilización y barbarie, colocada como canon, es la que causa estropicios en el vidrioso pensamiento del joven ensayista. Oigamos esto: "el hecho capital ha sido la expulsión desde una tierra espiritualizada a otra sin espíritu; de él dimanan todos los males consistentes en ove, ante el ámbito ajeno y hostil, las formas más altas, más delicadas,

de ese espíritu con el que nos habíamos erguido sucumbieron, y quedaron sólo las elementales, las inferiores, las vinculadas con los crasos instintos de conservación".

En otras palabras: "fuimos expulsados de París —tierra espiritualizada, forma delicada y alta— para venir a vegetar al Chaco Santafesino —suelo sin espíritu, forma inferior y elemental—. Para Murena esto es cierto y quien diga lo contrario es un agente de la barbarie. Como lo fué sin duda Juan Bautista Alberdi al escribir lo siguiente: "Tales campañas y tales campesinos no pueden representar la barbarie, sino en libros que no entienden lo que es civilización. No basta detestar la barbarie para ser conocedor de la civilización, como no es bastante aborrecer la tiranía para saber practicar la libertad. También la civilización tiene sus amantes platónicos, que la aman sin poseerla" (*Obras Completas*, tomo VII, pág. 164. Buenos Aires, 1887). O aquel otro Alberdi que escribía: "La civilización no es el gas, no es el vapor, no es la electricidad, como piensan los que no ven sino su epidermis" (*Ibidem*, página 186).

De la misma manera que el doctor tucumano daba vuelta contra Sarmiento el esquema impuesto por este último, podemos

hoy tornar contra el autor de "El Pecado Original" sus propias afirmaciones. Pero no vale la pena, pues el libro no da para tanto. Sus planteos revelan un verdadero desconocimiento de nuestra historia. Sus pretendidas caracterizaciones pueden aplicarse a casos particulares, pero nunca tienen valor universal. Sus fraseos tramposos (por ejemplo: "América es el más evidente escándalo histórico del que se tenga noción") no han de quedar precisamente como haces de luz. Quedarán a lo sumo como *buñuelos de viento bien azucarados*.

Hay esquemas que se vuelven indigestos. Aun para los estómagos jóvenes. Por eso no nos sorprenden los sofismas ni esas conclusiones que se siguen "de dos particulares". Solamente pueden sorprender a los lectores despistados de este Gran Buenos Aires que, por cierto, no es América pura ni puede pretender expresar lo americano desde la aduana.

VEINTE AÑOS DESPUES

C. FERNANDEZ MORENO.

por Luis Soler Cañas

Alejandro Dumas viene al recuerdo en el último libro de César Fernández Moreno. Pero no se trata de juveniles y romancescas aventuras de capa y espada, sino de un volu-

men que reúne los versos del joven poeta escritos desde 1941 hasta la fecha, los cuales integran tres colecciones denominadas "Hacia", "Hombre entre dos hijas" y "Veinte años después", que da título general al libro.

Buenos versos, en verdad, que proclaman meridianamente la existencia de un poeta de ley, pero que atestiguan asimismo la notoria filiación de César Fernández Moreno: hijo de la sangre de Fernández Moreno el Viejo, mas también indiscutible hijo espiritual, carne de su carne y carne de su poesía. El drama de llamarse Fernández Moreno, y más aún, el de pertenecer esencialmente a la misma línea poética, temática y estilística del gran poeta desaparecido, está patente y visible en esta recopilación que denuncia los empeñosos esfuerzos de César por labrarse una personalidad lírica que lo desvincule de aquél y le permita conquistar un lugar propio en la poesía argentina.

Este propósito puede advertirse sobre todo en "Veinte años después", donde César Fernández Moreno ensaya modos de expresión y hasta de puntuación poética que lo alejan del tradicional respeto por las leyes clásicas y le infieren un cierto aire modernista, o mejor dicho vanguardista, a sus poemas. El empeño, que no se limita por cierto a eso solo, es elocuable, pero sin dejar de reconocer que César Fernández Moreno ha logrado un libro de excelente poesía en general, aun-

que con algunos naturales altibajos y trivialismos, también con poemas que son la expresión de un poeta que va entrando a su madurez expresiva, opino que —quíralo o no el autor, o los críticos que reclaman originalidad a todo costo— César Fernández Moreno es, poéticamente, un continuador del padre. Sus esfuerzos de los últimos años por evadirse de esa posición estética no alcanzan a disimular que, en lo hondo, su poesía tiene ya un camino señalado, del que le va a ser difícil separarse. Diré, por otra parte, que me parece su camino más auténtico, el que responde a lo más entrañable y espontáneo de su personalidad propia. Mas, sea como fuere, el volumen confirma la presencia de un poeta de verdad, que ahora controla su inspiración, no la deja tan librada al juego espontáneo de su espíritu, que evidentemente trabaja, pule y construye sus poemas, que se vigila atentamente. Debido a esto, sus poemas ganan en perfección lo que a veces pierden en capacidad emotiva. No los derborda la ternura, que está en el fondo, un poco acurrucada, un poco cohibida por el artificio, aunque viva y actuante siempre. Más que cheque emotivo a primera vista, hay una emoción de sutil concreción intelectual. Belleza un tanto fría, pues: el calor de la vida —y la poesía de César, como la de su padre, no es ni puede ser ajena a lo que somos, a lo que nos rodea— disimulado por el corte perfecto del mármol.

"CAMPOEMAS"

H. JORGE BECCO

por Luis Soler Cañas

Así, "Campoemas", nombra Horacio Jorge Becco a las composiciones reunidas en este pequeño volumen, que nos entrega además la imagen del autor a través de uno de los característicos apuntes de Seoane. Usualmente, nosotros diríamos poemas del campo, poemas campesinos, que es en definitiva lo que son. De todas maneras, están bien designados, pues la primera y decisiva impresión que asalta al lector es la de sentirse trasladado al espacio rural y estar aspirando el aire húmedo del sur o absorto ante las pequeñas delicias agrestes que transparentan los "cielopoemas".

Los "campoemas" de Becco trocen quizá por asociación temática y hasta de forma, el recuerdo de alguna composición de Giraldules y, sabe Dios por qué (tal vez una afini-

dad última de poesía) el de algún poema de Molinari. Dos Ricardos que bien vale la pena tener como antecedentes, si es cierto que lo son. Frescos, impregnados de fuerte y fragante aire campesino, sin descender a la menudencia o a la reminiscencia del folklore, los "campoemas" producen una sensación de campo vivo y actual, sin fotografía, mas con esa poesía sustancial y eterna que estuvo indudablemente en el pasado de nuestra llanura y continúa estando todavía, más que como una presencia nostálgica, como una tangible realidad de hombres y paisajes conjugados.

Me parece que Becco ha "aprehendido" poéticamente una zona geográfica, humana y espiritual de la patria. No es poco. Lo demás: las formas, los procedimientos, no son en sí importantes. Lo esencial es que se sirva a la poesía. Que la poesía no quede desvirtuada.

CINE

DESCUBRIMIENTO DEL CINE
ORIENTAL

RASHOMON, impacto artístico al público occidental, revela la existencia de un cine de fuerte personalidad y asombrosa jerarquía. Y no es que sea ésta una de las pocas películas que allí se filmen; ya en 1926 la estadística japonesa señalaba una producción de 875 films contra los

750 de EE. UU. en el mismo lapso, habiéndose registrados 7 grandes consorcios con unos 30 pequeños estudios. La característica era el bajo costo de producción, con actores desempeñando más de un papel y horario diurnos y nocturnos. Estaba vedado el tema atroz y la muerte violenta, el mostrar figuras ensangrentadas o referirse a violaciones de mujeres. Igualmente se prohibía el tema del adul-

terio, prohibiéndose en cambio la exaltación del amor familiar y patrio. Como se hacía sentir la influencia de la cinematografía soviética, la rígida censura japonesa toleraba el mensaje social, pero no las escenas "inmorales" como el incesto, y el abrazo, signos de la "oprobiosa contaminación de Occidente".

RASHOMON supone el descubrimiento de un mundo nuevo, de características insospechadas, donde asoma el espíritu y arte de Oriente con un vigor que nadie tiene que envidiar al de Occidente. La exhibición privada de "Fluye solo el río" —película de guerra— demuestra que aun en aquellas donde sus aspiraciones son más modestas se descubre un sello de calidad, valentía y seriedad encomiables. Por otra parte han sido premiadas "La mujer de O'Hara" en Cannes, 1953, y "Jigoku-Mon" (La Puerta del Infierno) de Nagata Masaichi —también tema medieval— en el festival de Cannes de mayo de 1954 con el Gran Premio Internacional. Y el IV Festival Internacional de Cine, celebrado en Berlín occidental en junio de este año, señaló con el primer premio a la película "Ikiru". de Kurosawa, el mismo director de "Rashomon".

En Brasil y en varios países americanos del Pacífico donde existen numerosas actividades japonesas, desde hace muchísimos años existen cines dedicados únicamente a la exhibición de películas de su patria de origen. No se trata, pues de un buen éxito casual, sino de la lógica consecuencia de una depurada técnica y de un gusto excepcional, nada difícil de hallar en un país donde todas las artes cuentan con millares de años de existencia.

PRODUCTORES Y DISTRIBUIDO.

RES: El empeño en hacer aparecer a "Rashomon" como fracaso de boletería, está emparentado no sólo con la supuesta incompreensión del público, sino con la resistencia de los distribuidores a comercializarla. Si se tiene en cuenta que "Rashomon" fué filmada en 1950 y que en Uruguay está en exhibición desde 1952, es inexplicable —aparentemente— la demora en que incurren para su entrada en nuestro país películas como "El Idolo Caido" o "Los Olvidados" o "Candilejas", que casualmente no pertenecen al trust de las distribuidoras locales. Y también es muy casual que los films británicos "Las Aventuras del Capitán Scott (formidable muestra de buen cine)", "Ultimatium", "El Tercer Hombre" hayan desaparecido de las carteleras luego de su salida de la sala de estreno, llegando las cosas a tal punto que se está haciendo axiomático que el no ver un film británico dentro de la semana de estreno significa no tener nueva oportunidad para hacerlo.

Y nuestros productores nacionales, a la zaga de los distribuidores; boten el parche del fracaso de taquilla para justificar su apudrimentamiento de inepcias, cursilerías y muestras de gurganguería y mal gusto, porque "eso es lo que le gusta al público", filosofía en la que hay que buscar el motivo de la agonía de nuestro cine, enfilado en un declive cada vez más pronunciado de descrédito y orfandad artística, que en este año sólo ha tenido una muestra de inquietud, "Días de Odio" y una sala de calidad estimable, "Cuacho".

FALSIFICACION DE UNA NOVELA

"De aquí a la Eternidad" es una novela que constituye, junto con "Los desnudos y los Muertos" de Norman Mailer y las primeras tres cuartas partes de "El Motín del Cine", de Herman Wouk, el enjuiciamiento más severo de los métodos

internos de la organización militar que, aunque referida al ejército de los Estados Unidos, cobra por extensión el valor de testimonio universal. Su traslado al cine exigía una serie de omisiones por exclusión en la adaptación que tornaban poco menos que inoperante el argumento, plagado de prostitutas, invertidos, imbéciles, sádicos y mediocres oficiales influyendo, mediatizando o anulando la fuerte individualidad de dos soldados, Prewitt y Maggio, nada más que como una exigencia íntima de su mentalidad de casta; lo que en cambio no era necesario ni imprescindible era que se modificara sustancialmente el espíritu de la obra, de fuerte censura al régimen militar, tornándolo en un argumento anodino, superficial y mentiroso, revestido de un espíritu conformista, meloso y acatador.

Era natural esperar la suesión del lenguaje obsceno, la expresión desenfrenada y agresiva del soldado tratando con sus compañeros, el exabrupto procaz, con que Jones había retratado a sus creaturas sin otra intención que el ser verídico. Aún desconociendo la eficiencia de la censura de Hollywood, podía esperarse ese amolecamiento con sólo recurrir a la traducción castellana, que misteriosamente desapareció de circulación; pero ya que los productores habían elegido una obra donde los contenidos político-sociales estaban imbricados, justo era esperar una actitud análoga a la que presidió el espíritu de la filmación de "La Luz es para todos", "Furia", "Conciencias muertas" o "Linderos Perdidos". Esa esperanza fue frenada por la evidencia: un film, agudo, epidérmico, con algunas licencias formales con que Hollywood se permite demostrar a sí mismo que es tan audaz

como el cine francés o el italiano, con un tema adulterado y falso, son todo el resultado de este lamentable engendro que mereció ocho premios de la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas, de los cuales con algunas retenciones sólo lo merecían el director Zinemann y el actor Montgomery Clift.

Salvo la plausible secuencia del ataque final japonés, la escena del toque de queda y la del baño nocturno en la playa, todo el resto es un discursivo intento de demostración de cómo a pesar de las injusticias, los buenos soldados aman ferrosamente al ejército, y como éste sabe premiarlo, castigando a los ineptos, expulsando de su seno a los malvados y constituyendo todo un ejemplo de serenidad, buen juicio y corrección. El cable transmite otras cosas, por ejemplo, el brutal y sádico castigo de un soldado hasta dejarle sin vida (la película le hace aparecer cayéndose de un camión, que es casualmente lo que el asesino oficial hace constar en el expediente); la borrachera del oficial no es la causa de la terrible operación de su mujer, sino la enfermedad venérea que aquél la transmite; Maggio no muere sino enloquece voluntariamente para escapar al castigo similar que el que produjo la muerte de su compañero, etc., etc.

Pequeñas muestras, como se vé, para tener una idea de la fidelidad con que productores y adaptadores acondicionan el paladar de su público, y pobre ejemplo del poco respeto que a sí mismo tiene un autor, cuando permite que una obra que le costó, según confesión, siete años de esfuerzos, sea así prostituida y negada.

GREGORIO SELSER

Termina de Aparecer

DESHIELO

por

ILYA EREMBURG

Sin duda es Ilya Eremburg una de las personalidades más atrayentes, más discutidas y más polifacéticas de la literatura contemporánea. Cada obra suya es esperada y debatida con pasión. Así como se lo admira sin reservas se lo combate ferrosamente. Ello se debe a la intensa gravitación de la palabra "eremburguiana" tanto en el ámbito intelectual del país, como en Europa. No es de extrañar entonces que la aparición de esta última novela suya, haya despertado tan encendida polémica en su país, en particular una del propio autor con Constantín Simonov, presidente de la Unión de Escritores Soviéticos y novelista laureado él mismo.

Para ilustrar mejor al lector argentino y americano, se da al final de esta hermosa novela, el contenido completo de esa ardiente polémica.

Traducción de Lila Guerrero

\$ 18.—

Pedidos a:

EDITORIAL CADMO S.R.L.

Distribuidora

Maipú 634 Of. B.

T. E. 32-7140

Buenos Aires

**¿TUVO CONOCIMIENTO ROOSEVELT
DEL ATAQUE A PEARL HARBOUR CON
ANTICIPACION PARA EVITARLO ?...**

Este libro de un alto jefe de la marina de guerra de los EE. UU. revela el gran secreto del ataque japonés a las bases norteamericanas de Pearl Harbour.

**EL SECRETO FINAL
DE PEARL HARBOUR**

Robert Theobal

PRECIO \$ 30.—

EDITORIAL RENACIMIENTO

CORRIENTES 1375 — T. E. 40 - 2266 — Buenos Aires

Correo Argentino Central B	TARIFA REDUCIDA
	Concesión N° 5273

PRECIO DEL
EJEMPLAR \$ 5.—